



192
MUSEO DE LA CIUDAD DE LA HABANA
CALLE DE LA HABANA
CALLE DE LA HABANA



**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental
Oficina del Historiador

**TRIUNFO DEL ESFUERZO CUBANO
POR LA INDEPENDENCIA**



**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA

DIRIGIDOS POR

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING

HISTORIADOR DE LA CIUDAD DE LA HABANA

40

TRIUNFO DEL
ESFUERZO CUBANO
POR LA
INDEPENDENCIA

HOMENAJE NACIONAL

AL

DR. BENIGNO SOUZA Y RODRIGUEZ



MUNICIPIO DE LA HABANA
ADMINISTRACION DEL ALCALDE SR. NICOLAS CASTELLANOS RIVERO

1948


PATRIMONIO
DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

PALABRAS

Por iniciativa de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, bajo los auspicios del Sr. Nicolás Castellanos Rivero, Alcalde de La Habana y con la cooperación de la Oficina del Historiador de la Ciudad, del Departamento de Bellas Artes y de la Banda Municipal, le fué ofrecido en el salón de recepciones del Palacio Municipal, el día veinte de diciembre, un homenaje nacional al Dr. Benigno Souza y Rodríguez, ilustre historiador, biógrafo y panegirista del General en Jefe del Ejército Libertador, Máximo Gómez, e investigador y divulgador de nuestras guerras independentistas, por su admirable labor de esclarecimiento y exaltación de la verdad histórica sobre nuestras luchas libertadoras, y singularmente por la reciente publicación del magistral estudio que con el modesto título de Ensayo Histórico sobre la Invasión obtuvo el primer premio en el Concurso que celebró en 1945 el Estado Mayor General del Ejército.

A dicho homenaje se adhirieron las siguientes instituciones y personalidades:

Sr. Presidente de la República, representado por su Ayudante, Comandante Emeterio Zorrilla.

Sr. Jefe del Ejército, Mayor General Genovevo Pérez Dámera, representado por su Ayudante, Capitán Julián Morales Travieso.

Consejo Nacional de Veteranos de la Independencia, representado por su presidente, Coronel Rosendo Collazo.

Asociación Nacional de Emigrados Revolucionarios Cubanos, representada por su presidente, Dr. José L. García Baylles.

Sr. Ministro de Educación, Dr. Aureliano Sánchez Arango, representado por el Director de Cultura, Profesor Jesús M. Casagrán.

Dr. Miguel Mariano Gómez, ex Alcalde de La Habana y ex Presidente de la República.

Sr. Gobernador de la Provincia, Francisco Batista Zaldívar, representado por la Dra. María Gómez Carbonell.

Senador Dr. Rafael Guas Inclán, ex Gobernador de la Provincia.

Dr. Evelio Tabío, Magistrado del Tribunal Supremo de Justicia.

Su Eminencia el Cardenal y Arzobispo de La Habana, Manuel Arteaga, representado por el Dr. Gabriel Angel Amenábar.

Sociedad Colombista Panamericana, representada por su presidente, Dr. Miguel Angel Campa.

Instituto Interamericano de Historia Municipal e Institucional, representado por su secretario general, Sr. José L. Franco.

Capitán del Ejército Libertador Joaquín Llaverías, director del Archivo Nacional.

Academia Militar, representada por su director, coronel Manuel León Calás.

Academia Naval, representada por su director comandante Mariano Gajate y varios de sus alumnos.

Ing. Mario Guiral Moreno, ex presidente de la Academia Nacional de Artes y Letras y vicepresidente de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales.

Ateneo de La Habana, representado por su presidente, Dr. José María Chacón y Calvo.

General del Ejército Libertador Enrique Loynaz del Castillo.

Y nutridas representaciones de:

Consejo Provincial de La Habana.

Círculo Médico de Cuba.

Colegio Médico de La Habana.

Academia de Ciencias.

Departamento de Sanidad Municipal.

Hospital Municipal Freyre de Andrade.

Logia Minerva.

Delegación de Veteranos de Santa Cruz del Sur.

El acto se desarrolló de acuerdo con el siguiente programa:

- 1. Himno Nacional, por la Banda Municipal, dirigida por el maestro Gonzalo Roig.*
- 2. Gran fantasía cubana Gonzalo Roig*

3. *Entrega al Dr. Benigno Souza por la Dra. María Gómez Carbonell, en nombre del Sr. Francisco Batista Zaldívar, Gobernador de la Provincia de La Habana, del título de Ciudadano Eminente y de la Medalla de Oro de dicha Provincia, concedidos por el Consejo Provincial de La Habana.*
4. *Entrega al Dr. Benigno Souza por el Dr. José L. García Baylles, Presidente de la Asociación Nacional de Emigrados Revolucionarios Cubanos, del Diploma de Honor concedido por dicha Sociedad.*
5. *Entrega al Dr. Benigno Souza, por el Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, Presidente de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, del Premio Francisco González del Valle, para 1948, por su obra Ensayo histórico sobre la Invasión.*
6. *La Bayamesa (antigua canción patriótica) ... Francisco Castillo*
7. *Toques militares mambises, según los tocaba en la Guerra de 1895 el corneta de órdenes del Generalísimo Máximo Gómez, Comandante José Cruz, ejecutados por los profesores Ramiro Reyes y José Patino.*
8. *Discurso de ofrecimiento del homenaje, por el Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, Presidente de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales.*
9. a) *El Clarín (Salida) ... Gonzalo Roig*
 b) *Cecilia Valdés (Aria del II acto) ... Gonzalo Roig*
10. *Discurso de reconocimiento, por el Dr. Benigno Souza.*
11. *Himno Invasor ... Gral. E. Loynaz del Castillo*

En nuestro discurso de ofrecimiento del homenaje ponderamos cómo el Dr. Souza en su Ensayo Histórico sobre la Invasión no se limita a presentar, respaldada con preciosa prueba documental, en buena parte inédita hasta ahora, esa portentosa operación político-militar que planearon, dirigieron y ejecutaron, al frente del glorioso Ejército Libertador, sus dos más altos jefes de entonces, Máximo Gómez y Antonio Maceo, sino que, además, descubre, analiza y enjuicia las trascendentales proyecciones que para el desarrollo posterior de la guerra tuvo aquella hazaña tan felizmente culminada, al lograrse la finalidad perseguida de levantar en armas toda la Isla y hacer inútiles los empeños españoles de abatir la Revolución; y demuestra cumplidamente, cómo La Invasión aseguró el final de la dominación española en Cuba, lo que confirmaron el fracaso estrepitoso de Martínez Campos y Weyler, el rechazo de la inútil implantación del régimen autonómico y el agotamiento del "último

hombre y la última peseta", señalado por Cánovas y Sagasta como límites para la resistencia española.

Afirmamos que la obra de Souza no podía haberse publicado en momentos más oportunos, porque al enseñarle a la actual generación cubana la verdad histórica sobre nuestra última contienda libertadora, deja irrefutablemente esclarecido, frente al torpe derrotismo de los que—con alma de colonos de España o de Norteamérica—se obstinan en negar lo que los propios políticos, militares e historiadores españoles se ven obligados a confesar: que cuando se produjo la intervención de los Estados Unidos en la guerra, Cuba estaba irremisiblemente perdida para España; que envuelve esta obra verdad: que la República fué conquistada, no por obra de la voluntad o ayuda extraña, sino por la inquebrantable resolución del pueblo cubano, mantenida durante cerca de dos siglos, de ser libre, y hecha realidad por la orientación genial de Martí y la capacidad de Gómez, Maceo y García, el heroísmo abnegado y disciplinado de sus tropas mambisas, la contribución desinteresada de las emigraciones y la indentificativa cooperación de la masa civil de los poblados y los campos.

Agregamos que, porque eso significa y representa esta obra y porque ella nos hace sentirnos orgullosos de ser cubanos, y debe servir de acicate a la ciudadanía en el urgido esfuerzo de consolidar una patria digna de aquellos forjadores de la nacionalidad, bien merece el Dr. Benigno Souza, este homenaje nacional.

De acuerdo con el propósito anunciado al hacer por la prensa la convocatoria para el homenaje, de que el mismo no se limitase a expresar la admiración y el reconocimiento públicos al Dr. Souza por su ejemplar labor como investigador y crítico de nuestras luchas libertadoras, sino que sirviese también para difundir las verdades históricas por él expuestas y constituyese una reafirmación de la fe cubana en "el diario y el propio esfuerzo, medio seguro de victoria en toda empresa humana", como lo proclamó Maceo, y fué norte y estrella de él, de Martí, Gómez y García y de nuestros mambises inmortales, presentamos, a grandes rasgos, el cuadro del proceso evolutivo y revolucionario, forjador de la nación cubana, tal y como lo expusimos en las conclusiones del libro que con el título de Cuba, victoriosa contra España en la guerra de 1895-1898, presentamos al Séptimo Congreso Nacional de Historia, celebrado el mes

de noviembre último en la ciudad de Santiago de Cuba. Esas conclusiones, que se tradujeron en acuerdos en dicho Congreso, las insertamos para general conocimiento en este Cuaderno de Historia Habanera.

Creímos necesario, para la mejor ilustración del muy numeroso público asistente al acto, dar lectura a algunos de los pronunciamientos de políticos, militares e historiadores españoles y de jefes del Poder Ejecutivo y Cancilleres de los Estados Unidos, reconociendo la pujanza incontrastable del Ejército Libertador y la inevitable derrota de España, antes de producirse la Guerra Hispano-cubanoamericana; pronunciamientos que para su mayor difusión reproducimos en este Cuaderno, tal como los transcribimos en sendos capítulos de nuestro citado libro inédito.

Por haber sido desconocida unas veces y negado otras la realidad histórica del carácter mayoritario que tuvo indiscutiblemente la etapa final—1895-98—de nuestra Gran Guerra Libertadora de los Treinta Años, insistimos en su comprobación, dando, además, lectura al siguiente juicio sobre el particular del Dr. Souza en su libro sobre La Invasión:

"Nada más cómodo y atractivo que repetir falsos asertos, sobre todo, cuando éstos son calumniosos, y que como la bola de nieve crece con el rodar de los años y desluciendo los hechos arruinan las reputaciones. Es notorio que por dondequiera se oiga que sólo una mínima parte de la población cubana se alistó para aquella guerra feroz, salvaje, y nada menos cierto. En el cuidadoso libro de Roloff, cuyas cifras están muy por debajo de la realidad, como a diario lo comprueban sentencias de nuestros Tribunales de Justicia, habilitando como soldados del ejército invasor a los efectos de su pensión a muchos, pero a muchos veteranos que no figuran en ese libro de Roloff, después de más de tres años de guerra incesante, después de las muertes en el campo de batalla o fallecidos en los sórdidos ranchos, pomposamente bautizados como hospitales, de las presentaciones de enfermos, de caquéticos, de inútiles, de pusilánimes (todo el mundo no es héroe), al cabo de esos tres años, aun contaba el Ejército Libertador, tal como aparecen sus listas en ese libro, con más de sesenta y nueve mil hombres. ¿Qué sólo estaban armados unos treinta mil? Ciertamente es, no había fusiles para todos, pero la legión de prefectos, maestros de postas, postillones, sanitarios, vian-

deros, majases, y sobre todo, la impedimenta, ésta siempre desarmada, compañera de nuestras columnas en las marchas, que se sostenía a su lado en los fuegos, afrontaba con ella los mismos peligros, sin armas, las que empuñaban cuando las había a mano y podían darse de alta entre los combatientes, esa impedimenta, esos desarmados mereció tantos laureles como el resto de las demás formaciones mambisas y aquel valor inerme ante las balas y los sables enemigos arrancó loas a Gómez."

También leímos este otro irrefutable juicio del Dr. Souza, en su laureada obra, en la que pone de relieve cómo Cuba estaba perdida para España antes de ser aprobada la Resolución Conjunta del Congreso norteamericano sancionada por el presidente McKinley el 20 de abril de 1898:

"Otras de las mentiras corrientes, que a diario se oyen, "es que la revolución cubana estaba agonizante cuando llegaron los americanos, que si éstos tardan en hacerlo, la guerra hubiera concluido, etc." Calumnia palpable cuando basta sólo considerar cómo a los tres años de campaña quedaban propios para operaciones activas en el campo, al gran ejército peninsular, que atravesara el Atlántico, de sus doscientos mil hombres, solo unos sesenta mil, afirmación hecha por el segundo Cabo, el General español Parrado, quien debía estar muy al tanto de ello por el cargo que ocupaba en la dirección de las operaciones de la guerra. En abril del año 98, antes del comienzo de la Guerra Hispano-cubanoamericana, apresuradamente había preparado la Sanidad Militar española en toda la Isla cuarenta y tres mil camas en sus hospitales para la temible campaña de verano que se aproximaba (Dr. Larrancerezo, Jefe de la Sanidad española, publicado en The Lancet, Londres)."

Sólo nos resta reiterar lo que ya expresamos en transmisión radial posterior a la celebración del homenaje nacional al Dr. Souza, por haber sido tergiversadas falsamente palabras nuestras de ese acto, que en él proclamamos, no la enormidad—inconcebible hasta en el más desaplicado alumno de enseñanza primaria—de la inexistencia de la cultura española, sino que "los cubanos, cansados de reclamar en vano, de la metrópoli, mejoras y reformas, se convencieron de la gran verdad que el P. Félix Varela les había enseñado desde 1824, en las páginas de su revista El Habanero: que era la separación de la metrópoli, por la revolución, el único procedimiento a seguir para

la conquista y afianzamiento de los ideales nacionalistas de libertad y justicia, cultura y civilización, porque mal podía España conceder al pueblo de Cuba lo que no había sabido ni querido darle a su propio pueblo, lo que no le ha dado todavía."

Este Cuaderno de Historia Habanera, recoge el magistral trabajo —adecuado complemento del Ensayo Histórico sobre la Invasión—, leído por el Dr. Souza, en el acto del justísimo homenaje que, honrándose, le ofrendó nuestra Nación.

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING
Historiador de la Ciudad de La Habana



TRIUNFO DE LA REVOLUCION CUBANA

Por el DR. BENIGNO SOUZA

Mi ánimo agradecido no encuentra palabras que basten a expresar mi hondo agradecimiento a todos los que aquí encuentro reunidos, y que han acudido a la voz del Dr. Roig de Leuchsenring, Historiador de la Ciudad, para manifestar, más que nada, su conformidad, su aplauso, a mi dedicación, desde hace años, por sostener, aunque sea en un rincón de la prensa diaria, unas veces en *Avance*, otras en *El País*, y actualmente en el *Diario de la Marina*, una sección dedicada a revivir nuestro honroso pasado, a recordar sus episodios gloriosos, y aunque sea débilmente, recoger el resplandor que dejaron a su paso por nuestra tierra, aquellos hombres excelsos, los mambises, los compañeros de éstos que aquí veo, cuando la última guerra que por la Independencia de Cuba, sostuvieron ellos.

Este homenaje, que tanto me honra, patrocinado por el Sr. Alcalde Municipal, ha partido del Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, incansable polígrafo, laborador incesante por la divulgación de nuestra historia patria, unas veces desde su sede de Historiador de la Ciudad, y otras en periódicos, folletos y libros. Yo le tributo, desde este lugar, mi aplauso público, por su persistente labor, y mi afectuoso reconocimiento por su gesto gentil, generoso, iniciando y organizando este homenaje a mi libro, últimamente publicado, porque más que nada traduce esta acción suya, nuestra fervorosa, nuestra mutua admiración por la epopeya libertadora, por sus grandes hombres, por aquel humilde y heroico pueblo cubano del pasado, tan distante, parece hoy, de éste de ahora; posible es que por la ausencia, entre sus pastores, de guías, de hombres revestidos con las virtudes de un Martí. Pero conservemos aún esperanzas; un pueblo no se degenera, no se deteriora su moral tanto en unos cuantos años nada más, y el 95 está muy cerca, fué de ayer. Y eso no lo afirmo yo;

lo dice la sibilina sentencia de aquel certero visionario de lo futuro, el hombre que mejor nos ha conocido, Máximo Gómez, quien afirmó que nuestro pueblo "es bueno o malo, según sean buenos o malos los que lo dirijan", que bien dice un proverbio español, "¿quién manda el barco? Tello, pues así va ello".

Y antes de empezar, tengo muy especialmente que dar también las gracias a mi querido amigo, ex Gobernador de La Habana y hoy Senador, Dr. Rafael Guas Inclán, hijo del inolvidable Carlos Guas y de quien partió la iniciativa en el Consejo Provincial para concurrir a esta fiesta, y declararme *Ciudadano Eminente* de la Provincia de La Habana, donde no nació; al Dr. Chacón y Calvo, casi un familiar mío, al Consejo Nacional de Veteranos, a la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, discerniéndome el premio *Francisco González del Valle*; a los Emigrados Revolucionarios, al Círculo Médico de La Habana, a la Sociedad Colombista Panamericana, al Ateneo de La Habana, a mis compañeros de la Academia de Ciencias, a los de la Academia de la Historia, al General Pérez Dámera, que gracias a él se ha podido publicar mi *Memoria* y en fin, a todos estos cubanos unidos a mi homenaje que, como he dicho antes, más que a mi persona viene a ser su adhesión, acuerdo con las ideas que sustenta mi *Memoria* premiada.

Y en muy pocas palabras, quiero aprovechar esta oportunidad para, en breve síntesis, reafirmar lo dicho en mi libro, mi opinión, mi juicio, sin que me las dé de *magister*, sin atribuirme la condición de Sumo Pontífice, de ser infalible, porque ya lo dijo un ilustre pensador: "Sólo se pueden hacer conjeturas sobre lo porvenir, pero estas conjeturas pueden ser tan probables, que se aproximan mucho a la certidumbre." Y eso es lo que he profesado en mi *Memoria* premiada, señores: conjeturas, después de aficionarme, durante años, al estudio y marcha de nuestra revolución, de haber podido asistir personalmente, como testigo, a las operaciones del uno y del otro ejército, en esta provincia de La Habana, de haber visto las expediciones de las tropas españolas, recién llegadas; a sus columnas, en el comienzo de sus operaciones, por Batabanó, Quivicán, y Güira; he visto casi a diario a esas columnas, las he seguido, paso a paso, han acampado muchas veces en el ingenio donde yo vivía, he visto a los pocos meses aparecer el sello mortal que en sus soldados imprimían las caquexias tropicales, cuando operaban por entre las

ciénagas y dientes de perro de esa costa sur de la Provincia de La Habana. Ante mis ojos se han transformado los rollizos mofletes, los vivos colores peninsulares de aquellos hombres, recién llegados, por la macilenta palidez que a sus caras estragadas imprimía nuestro clima que tan hostil siempre les fué.

Creo, pues, firmemente, que el gobierno español, desaparecida ya en el 98 más de la mitad de sus doscientos mil y pico de soldados de línea, unos muertos, otros dados de baja en sus filas; repatriados, por enfermedades crónicas, obligado se vería este gobierno, en un próximo porvenir, al abandono de esta Isla; los otros cien mil, ya no existían, por lo menos en Cuba; murieron, o evacuaron para la Metrópoli. A la terminación de la guerra, en cifras redondas, ciento diecinueve mil quinientos soldados fueron los repatriados para la Península, en las distintas expediciones de evacuados, después de firmada la paz, según las estadísticas oficiales publicadas en los periódicos españoles; eso era todo lo que restaba de los doscientos veintiséis mil hombres, que atravesaron el mar para combatir a nuestros rebeldes, es decir, ya estaba semidestruido el ejército expedicionario que Cánovas había puesto en las torpes manos de Weyler. El cansancio de los gobiernos metropolitanos, la impotencia de la Península para mantener constante el colosal esfuerzo hecho en época de Weyler; su tradición histórica abandonando las tierras que no podía conservar, lo mismo en los remotos tiempos de Flandes como en los más recientes de Santo Domingo, lo traduce la Autonomía, porque esta concesión de aquel Gobierno, en plena y aguda guerra, esa fórmula, no fué ni más ni menos sino el inesperado y primer paso dado hacia atrás por los "del último hombre y la última peseta", arrogante afirmación que no fué sino un recurso retórico, una ambiciosa frase, pero sólo una frase más, de las que tan aficionados somos en hacer los de la estirpe española, sin que los hechos vengan después a justificar estos dichos. La Autonomía fracasó ruidosamente, y este Gobierno prefirió liquidar el problema de la interminable guerra de Cuba, que sangraba en blanco a España, buscando mejor el desenlace, dijo Máximo Gómez, en el estampido de los cañones yanquis, antes que entenderse con sus colonos, a los que no había podido vencer. La solución de pactar con los cubanos, al fin y al cabo, la hubiera impuesto la opinión española, escéptica, ante tantos plazos incumplidos de término victorioso; a

eso se verían obligados sus estadistas, sus políticos, porque la rebelión cubana, después de aquella marcha invasora a Occidente, venía a ser perdurable por todos los años de los años, tesis de mi *Memoria*.

A los gobiernos de la Metrópoli, aunque quisieran, no se les consentiría; no podrían ellos lograr el envío, año tras año, a cada año, de unos ochenta a cien millones de pesos más, y de otros cien mil hombres más, para que los devorasen, junto con las balas y los machetes de los mambises, las pandemias tropicales. El ejército español, en los albores de 1898, se encontraba reducido a un cincuenta por ciento de sus efectivos, y esa cifra no la fijo yo, la estampa el General González Parrado, Segundo Cabo de la Capitanía General de Cuba, y está de acuerdo con las listas de repatriados al final de la guerra. La sustenta, portento de adivinación, Máximo Gómez, en su luminoso informe, rendido al Secretario de la Guerra de los Estados Unidos, Alger. En cuanto a los cien mil hombres restantes, fué tropa imaginaria, porque casi su mitad yacía en las cuarenta y cinco mil camas habilitadas, cifra oficial, dada por Blanco, para abrir la campaña de 1898, en aquellos titulados hospitales, que comprendían desde la Real Casa de Beneficencia, el Seminario de La Habana, los Almacenes de Azúcar de *Hacendados*, en Regla, el Almacén de *Santa Catalina*, a *San Ambrosio*, *Alfonso XIII*, el *Hospital de Madera*, en La Habana solamente, y en las casas particulares, en los almacenes, el resto; y hasta en los barracones de guano de sus trochas, en provincias... Quedaban, pues, listos para operar, si operaciones pueden llamarse aquellas inútiles y mortíferas caminatas, unos sesenta mil hombres, mejor dicho, sesenta mil convalescientes, los cuales, en el instante, en el acto que sus mal apagadas dolencias se disimulaban, con efímeras mejorías, se les arrancaba de sus camastros, para lanzarlos a las rudas tareas de la campaña; todos ellos, casi sin excepción, habían recibido ya la visita de la malaria, de la disentería amebiana, de la diarrea de los países cálidos, de la tuberculosis pulmonar, ejerciendo todos estos azotes, sobre aquellas pobres caravanas humanas, mal comidas, andrajosas, y mal vestidas, comidas de piojos, fúnebre tutela, porque lo cierto es que estos pobres soldados, que compasión inspiraron hasta el propio Máximo Gómez, apenas mejorados, aun no buenos, no lo podían estar en unos cuantos días, saltaban de la cama del hospital, como he dicho, hacia nuestros bosques, montañas y ciénagas, para retornar, a los

pocos días, de nuevo, a los mismos hospitales, agravadas sus dolencias.

El médico mayor de la Sanidad Militar española, Dr. Larrancerezo, en un artículo publicado en *La Lanceta* de Londres, consigna que durante los seis primeros meses del año 97, y eso que era éste el semestre de clima más benigno para el ejército expedicionario peninsular, habían ya pasado y repasado por sus hospitales doscientos un mil enfermos; lo cual nos autoriza a calcular, para el año de 1898, más de cuatrocientas mil bajas de hospital, a ese ejército. Es decir, que así, a *grosso modo*, poco más o menos, cada soldado español en total, habría sido dado de baja y de alta, habría ingresado y salido del hospital, seis o siete veces. El desconocimiento de las más elementales reglas de la profilaxis epidemiológica presidió a la higiene castrense española en esta campaña y fueron sus trochas, centros mortales de contagio. La Isla de Cuba, airada, se defendía contra aquel aluvión de soldados peninsulares que sobre ella depositaban, a diario, los barcos de la Trasatlántica Española, no sólo por el intrépido pecho de los mambises, sino por las fiebres, por la malaria, por el vómito, por la disentería, por "sus tres mejores generales: Junio, Julio y Agosto", y al cabo de los que llamara también Gómez "las Tres Secas", el semidestruido ejército español expedicionario no contaba, en el 98, con tropas sanas, ni hábiles, para continuar una vigorosa campaña contra los rebeldes de Occidente, y menos comenzar la del Camagüey y Oriente, comarcas vírgenes hasta entonces de operaciones ofensivas, por parte del enemigo.

Dos juicios me bastarán, sin recurrir a ninguna otra razón, para dejar bien establecido que en Cuba no existía, en esa fecha, capaz de emprender activas operaciones, ejército español alguno. Estos dos juicios, entre otros muchos, son los del General en Jefe del Ejército español, Don Ramón Blanco y Erenas, y los del General en Jefe de los rebeldes cubanos, Máximo Gómez. ¡Cuán curiosa es la coincidencia de estos dos adversarios, señores! He aquí lo que dijo en aquella época, al tomar posesión del mando de la Isla de Cuba el general Blanco, en su informe oficial, rendido a Sagasta, jefe del Gobierno español, el cual afirmara, por otra parte, en el Congreso de su nación, sin que nadie lo desmintiera: "Que en aquel tiempo morían diariamente cien soldados españoles en Cuba", es decir, treinta y seis mil anuales. Cuando la Guerra de los Diez Años ter-

minó, habían fallecido, del ejército español, doscientos mil hombres, o sean, unos veinte mil anuales, según la estadística publicada por el coronel español Francisco Camps y Feliú. Evidentemente, la higiene militar española, a pesar de Pasteur y sus descubrimientos, poco o nada había progresado desde el 68 al 95.

Reproducimos esa parte del informe de Blanco, hoy conocido, por haberlo cuidadosamente conservado en su archivo Sagasta, y publicado por el Conde de Romanones:

La Administración se halla en el último grado de perturbación y desorden; el *ejército agotado y anémico, poblando los hospitales, sin fuerzas para combatir ni menos para sostener sus armas*: más de trescientos mil reconcentrados pereciendo de hambre y de miseria, alrededor de las poblaciones; el país aterrado, presa de verdadero espanto, obligado a abandonar sus propiedades, gime bajo la tiranía más espantosa, sin otro recurso, para aliviar su terrible situación, que ir a engrosar las filas rebeldes.

Eso no lo dice, señores, Máximo Gómez, no; lo asegura el General en Jefe español, y yo, que vi recorrer por las calles de nuestra ciudad y por los campos de nuestra provincia, a aquellas bandas de soldados espectrales, de hospitalarios, de convalescientes, arrasando penosamente su fusil, víctimas de toda clase de parásitos, de la fiebre, de la diarrea, confirmo en todas sus partes al general Blanco, cuando afirmó que estaban "sin fuerzas para combatir".

He aquí otro testimonio, también de origen español, de un ilustre político, el de Canalejas. Éste, a su retorno a España, después de verse hasta en trance de perder la vida, cuando el sangriento combate del *Caímán*, que presencié, casi en los albores del año 1898, a los tres años de guerra, a la vista del pueblo de Batabanó, a cuarenta kilómetros de La Habana, victoriosamente sostenido por el Regimiento *Calixto García*, al mando de los hermanos Collazo, contra cerca de cuatro mil soldados españoles, mandados por un general de división, dos generales de brigada y tres coroneles, dijo en carta oficial a su jefe, el Sr. Sagasta:

Curas y soldados, radicales y conservadores, todos conciben en que la guerra y la reconcentración han originado la muerte de una tercera parte, por lo menos, de la población rural, es decir, más de cuatrocientos mil seres humanos.

No fué, pues, tan absurda, como dijo en un libro publicado aquí, un mal engendro, un mal aborto cubano, la cifra de quinientos mil, que a su Gobierno comunicara el general Lee. Canalejas advierte en su carta que la autonomía sería un desastre, admitiendo, sin embargo, que ya no quedaba otro camino y añade: "Esta solución hubiera sido eficaz el año 94, antes de la guerra."

El Conde de Romanones, ex ministro, ex jefe del gobierno español, uno de los lugartenientes de Sagasta:

El pueblo cubano, *seguro de obtener su independencia por su propio esfuerzo*, y contando con la ayuda de los Estados Unidos, rechazó las concesiones que España le ofrecía.

Y prueba de ello, comento yo, fueron los mensajeros de la autonomía, ejecutados, en obediencia a las órdenes terminantes de Máximo Gómez, Joaquín Ruiz, por Aranguren, en Campo Florido; Julián Osma y Rodríguez Miyares, por Emilio Collazo, en San Felipe y Batabanó; el Capitán Puga, por Juan Delgado, en el Rincón; el comerciante español, Narciso Menéndez, emisario de Pando, por orden de Máximo Gómez, en Ciego de Avila; y otros más. Finalmente, del origen español más insospechable, el libro—espectacular, es la palabra—publicado en el año de 1898 en Madrid por aquel procónsul que ahogara en sangre la Guerra Chiquita, el Marqués de Polavieja, titulado *Mi Política en Cuba*, del cual tomo las siguientes afirmaciones. En el prólogo:

"...Mis temores de alzamiento, que ocasionarían una guerra costosísima y *fatal* para España..." Así, pues, este ex capitán general de Cuba, afirmó antes de que esa ocurrencia tuviese lugar, que "una nueva guerra sería *fatal* para España". En la misma obra reproduce una larga carta, dirigida en el año de 1890, al Ministro de Ultramar, Sr. Fabié. Dice Polavieja, que por lo visto de bobo no tenía un pelo:

Hemos abandonado al criollo que nos ha servido con lealtad y atendemos y premiamos al que piensa y obra del modo contrario.⁽¹⁾

Esto nos ha restado voluntades y simpatías donde más las tuvimos... Por guajiros, campesinos, en unión de las tropas del ejército, fué perseguido Narciso López; co-

(1) Bien se sabe que algunos jefes del 68, después del Zanjón, disfrutaron de buenos destinos, de pingües *botellas* en la administración española.

marcas enteras hubo en el 68, que al Grito de Yara respondieron pidiendo armas y combatiendo por la Patria española. Hoy el campesino no es nuestro y los que combatieron por España, ya no volverán a hacerlo; los ha hecho enemigos nuestros la enseñanza y la prensa periódica, unidas a nuestra conducta política...

Exactísimo, observo yo: Periquito Pérez, Cazallas, Salvador Ríos, entre los de mayor relieve, combatieron por España, durante la Guerra Grande, y en el 95, valientemente pelearon por Cuba.

Don Camilo Polavieja reproduce en el mismo libro una especie de carta circular, enviada el 15 de mayo de 1892—oíd bien la fecha—a Cánovas del Castillo, Silvela, Elduayen, Duque de Mandas, Canalejas y otros:

No debemos hacernos ilusiones, dice; nuestros tiempos pasaron en América, en su vida moderna no tenemos cabida, y en ella sólo representamos la tradición de un pasado... Por ello no debemos perder el tiempo en más reformas político-económicas, para afirmar lo imposible, nuestro dominio en Cuba, conducta que honra poco a nuestra sagacidad y previsión, *sino emplearla del modo y manera de salir de ella sin que sufran quebranto nuestra honra y nuestros intereses.*

Todo esto aconsejaba, antes de que tuviera lugar el 24 febrero, tres años antes, en 1892, un Camilo Polavieja.

Veamos ahora lo que dijo la mayor autoridad que ha existido, por todos los siglos de los siglos, para opinar sobre la guerra de Cuba, el más concienzudo, el más prominente adversario que tuvo Cuba Española, en el 68 y en el 95, por su alto cargo de General en Jefe del Ejército Libertador, Máximo Gómez.

En carta al General Freyre de Andrade, en el final del año de 1897, dijo aquel vidente, quien jamás ha sido desmentido por la posteridad en ninguno de sus certeros juicios:

Por aquí se mueve Blanco con menos resultado que Weyler, pues los restos, las reliquias tristes del valeroso ejército, que en un tiempo fué, no son a propósito para empeñar campañas vigorosas

Y en carta a Don Tomás afirma aquel portentoso genio de la adivinación, ese Máximo Gómez:

España no está en condiciones de enviar al sustituto de Weyler doscientos mil hombres más, y cien millones

de pesos, para prolongar la guerra otros dos años, y los cubanos pueden resistir todo el tiempo que quieran; dígalo usted a gritos, que yo, viejo, no me dejo ofuscar por la pasión... Nosotros tenemos el tiempo por nuestro. A España le toca apagar la hoguera...

Entresacamos de su correspondencia con Don Tomás:

Desde los primeros momentos hemos sabido aquí la muerte del Primer Ministro español Cánovas del Castillo... El Partido Conservador, desprestigiado por sus errores y fracasos, tendrá que ceder la triste herencia de Cánovas al Partido Liberal con Sagasta... a quien tocará apartar de los labios del pueblo español el cáliz de amargura que hace tres años viene éste purando... En cuanto a Weyler, claro es que, fracasado, preparándose debe estar para marcharse... Fracasada la autonomía, como no quieren tratar con los que no han podido vencer, les quedará el *recurso de los cañones yanquis, que al fin serán los que los sacaran de apuros.*

Este último vaticinio fué hecho por Gómez en el mes de enero, es decir, cuatro meses antes que ocurriera la guerra con los Estados Unidos.

De modo que si el general Blanco, si Canalejas, si Polavieja, si Romanones, por no citar más que esas autoridades, admitieron que al fin y a la postre, fracasada la autonomía, no podía vencer la metrópoli a su colonia rebelde; si Máximo Gómez exhortaba a Don Tomás para que a gritos proclamara la perdurabilidad de la guerra en los años por venir, me parece que tengo derecho, señores, si no para decirlo también a gritos, porque no soy Máximo Gómez, ni Don Tomás, ni tengo su robusta voz para poder gritar como ellos; pero sí puedo humilde, modestamente, pensar lo mismo que pensaron Máximo Gómez y los primates españoles. No hay sino recorrer la prensa metropolitana de esa época, registrar la opinión de sus técnicos, de los conocedores de la guerra en Cuba, para poder concluir cuál sería el final más probable de la guerra en la Gran Antilla y que, al fin, éste sería el reconocimiento de su Independencia. No había, señores, otro dilema: o vaciar media España, un año tras otro, durante ocho o diez años más sobre la mortífera isla; agotar su menguada hacienda, en bancarrota casi, o abandonar a su suerte a los "ingratos" colonos, tratando de sacar las mayores ventajas del posible pacto.

Se dice que el pasado lleva consigo el germen del porvenir, y para colegir si el ejército cubano, al cabo de tres años de guerra, estaba o no próximo a su derrota, no hay más sino echar una ojeada a ese pasado nuestro, al inevitable Máximo Gómez, quien en una entrevista, en marzo del 98 con Silvestre Scovel, prodigio de adivinación, publicada por la Prensa Asociada, por *La Lucha*, aquí en La Habana, muy comentada esta noticia por los periódicos españoles, afirmó que en ese año 98 terminaría la guerra de Cuba, como así sucedió, al cabo de sus "Tres Secas".

Y reflexionando sobre este asunto, la guerra de los Diez Años la sostuvieron, finalmente, durante aquella década, sólo dos provincias, Oriente y Camagüey, terminándose por un pacto, no pudiendo dominar la rebelión por las armas en esas dos provincias, y en un período de diez años, los doscientos dieciséis mil soldados con que contaba el ejército español en 1878, muy superiores sus cuadros y más aguerridos sus soldados, veinte veces, que la patulea de quintos del 95, porque entre aquéllos figuraban, en número mayor que los soldados peninsulares ultramarinos, ciento dieciséis mil trescientos cuarenta y un milicianos, bomberos, guerrilleros, prácticos y jíbaros, reclutados en Cuba, según afirmó en el Congreso español el ministro Sr. Elduayen, es decir, ciento dieciséis mil hombres que, cada uno de ellos, en nuestros campos, valía, a lo menos, por dos o tres de los soldados peninsulares del 95. En esta última guerra, también eso lo anticipó Polavieja, corto número de cubanos fué el que tomó las armas a favor de España, todos los guerrilleros que hubo en la Isla, peninsulares y cubanos, en el 95, a despecho de tantas mentiras como se oyen por dondequiera, según la estadística del *Diario del Ejército*, español, no pasaron de unos treinta mil, de los cuales muchos eran españoles e isleños.

En cuanto a la situación de Oriente, en el año 97, recuérdese que en él derrotó Calixto García a una columna española de cuatro mil quinientos hombres, con infantería, caballería y artillería, cerrándole el camino de Bayamo, adonde no pudo llegar, al cabo de tres días de rudo combate, en la batalla de Tuabeque; tomó la ofensiva y Loma de Hierro, Guáimaro, Victoria de las Tunas, Guisa, fueron tomadas a cañonazo limpio por ese general cubano; el completo abandono de la extensa provincia camagüeyana, donde, en el trayecto comprendido desde Ciego de Avila hasta Victoria de las Tunas,

en centenares de kilómetros, no existía más que un solo sitio ocupado por el ejército español; por el examen de estos datos, autorizados estamos para pensar que en esta guerra del 95, ardiendo en las seis provincias a la vez, la resistencia de las huestes de Máximo Gómez sería perenne, porque ya los mambises habían probado en el 68 que su vitalidad, para continuar su eficaz clase de guerra, era infinita, y de los dos campeones que combatían en nuestra tierra, el español y el cubano, la hemorragia mayor, perdía mucha más sangre el español, que ya en el 98 estaba dando las últimas boqueadas, porque la anodina cataplasma de la autonomía, en nada cambió su suerte.

No necesitarían los cubanos para que el abandono de Cuba se impusiera a la Metrópoli, ni acorazados ni escuadras, así como tampoco le hicieron falta a Dessalines, para expulsar de Haití al aguerrido ejército de Napoleón, ni a los insurrectos dominicanos para que se fueran de Santo Domingo las tropas de La Gándara.

Volviendo a los efectivos españoles, encargados de sostener la nueva campaña de verano, que se aproximaba, la del 98, y pacificar la Isla, si éstos al fin se decidían a emprender operaciones activas en Oriente, no tendrían más remedio sino abandonar a los mambises las provincias de Pinar del Río, La Habana, Matanzas y Las Villas, ocupadas entonces por las dos terceras partes de la totalidad de sus efectivos, o sea, unos cuarenta mil hombres, porque con los trece o catorce mil,⁽²⁾ que le restaban, en condiciones de poder operar, para abrir campaña activa en las agrestes zonas de Oriente, y seis o siete mil en los grandes bosques y llanos del Camagüey, ni por un instante podrían ellos pensar, aunque muchas pruebas de la incapacidad de su mente dieron en el curso de esta guerra sus generales,⁽³⁾ no podían, digo, imaginar, con tan ruines efectivos, pacificar a Oriente, a pesar de lo que dijo en un libro sobre Cánovas una especie de idiota, un cierto Marqués de Lema, autor de una biografía de este señor. En Oriente contaba Calixto García—¡oidlo bien!—con

(2) Parte de los efectivos del ejército español permanecía sedentaria, guarneciendo pueblos, caseríos, trochas, vías férreas, estaciones, etc., sustraída a las operaciones activas.

(3) Nunca llegaron estos generales, ni su Gobierno, a comprender que el problema de la Guerra de Cuba, más que estratégico, venía a ser sanitario. El abandono de los más elementales cuidados con sus tropas y de aquellos de la higiene, caro costó a la Metrópoli.

casi tantos soldados como los que tenía el misérrimo cuerpo español de Santiago de Cuba. Cuando la división de Santiago capituló con los norteamericanos, y embarcó para España, contaba con doce mil soldados, cifra que da la *Revue Militaire Française*, y en los estados de situación de esas tropas, tal como aparecen, en el libro titulado *La Guerra Hispano Americana* del Comandante de artillería español Severo Gómez Núñez, impreso en Madrid, año de 1901, en cifras oficiales, componían la división de Santiago de Cuba, en evacuados, trece mil seiscientos ochenta y nueve individuos, número que incluye también a movilizadas, guerrilleros y seiscientos veinte pasajes de familiares de esas tropas.

Y he aquí un documento que prueba hasta dónde llegaba la capacidad de nuestro general en jefe para saber lo que pasaba en las filas enemigas, en contraste con la absoluta ignorancia que sobre las de la manigua sabía, mejor dicho, no sabía, el Estado Mayor General español:

No. 70.—6, julio, 1898.

Contestación a las preguntas que hace la Secretaria de la Guerra (Alger)

1º La fuerza total del ejército español en toda la Isla de Cuba puede ascender a cien mil hombres, de los cuales cerca de sesenta mil pertenecen a la tropa de línea, hospitalizada el resto, y cuerpos de voluntarios, bomberos, guerrillas, etc.

2º Desde la Trocha de Júcaro y Morón a Pinar del Río, cuentan los españoles con unos cuarenta mil soldados de línea y los veinte mil restantes operan en Camagüey y Santiago de Cuba.

3º El General Blanco, en caso de ser atacada La Habana, puede reunir para su defensa cuarenta mil hombres de tropas vivas, así como improvisar milicias, dada la abundancia de armas con que cuenta. La condición de la tropa española es pésima respecto a alimentación, careciendo de caballos, carros, ropas. Su salud se halla quebrantadísima entre los soldados.

El ánimo del ejército español está notablemente de caído... la caballería española se halla en deplorable estado, y su artillería, aunque mucha en número, no le ha dado resultado práctico en la campaña...

En La Habana, y en las demás ciudades, no existen

depósitos de comestibles, y cada día el hambre se hace sentir con mayor intensidad...

Pinar del Río es sin duda el lugar más adecuado para efectuar su desembarco un contingente que desee operar sobre La Habana. Unos cinco mil cubanos cooperarían momentáneamente a su desembarco y llegarían a muchos más si se le proporcionaran armas y municiones... pues no hay un solo cubano que no esté dispuesto a tomar las armas.

M. Gómez
General

Este es un borrador firmado por Máximo Gómez y depositado en el archivo de Fermin Valdés Domínguez, hoy en mi posesión.

Como acabamos de ver, tomada de las cifras del libro de Roloff, de los 69,718 hombres inscriptos como soldados, desde luego no todos armados, separando un diez por ciento de "bloqueados", quedarían sesenta y tres mil; de éstos en Oriente y Camagüey, sólo, cuarenta y tres mil, de los cuales, por lo menos, más de la mitad estaban armados.

Así, pues, desde luego, en la división de Oriente Calixto García mandaba casi tantos soldados como Blanco.

Veamos otro de los aspectos, tal vez el más interesante sobre el problema de esta guerra. ¿Qué tal andaba de ese otro nervio de la guerra, de dinero, el ejército español, al Este de la Trocha? En el año 98, nos dice en su obra citada el comandante español Severo Gómez Núñez, que "por las angustias del tesoro" se le debían a la división de Santiago de Cuba ¡once meses! de sus pagas. En cuanto a municiones de boca, al comienzo de la Guerra Hispano-cubanoamericana, hubo que poner las tropas a media ración, suprimiéndoles el tocino de sus ranchos, porque en subsistencias también se debían otros once meses, y los soldados españoles, a pesar de su conocida sobriedad, de su notorio heroísmo, no se habían convertido aún en camaleones para poder alimentarse con el aire; ello nos explica lo que dijo Blanco: "que ni sus armas podían sostener".

Veamos ahora el anverso de la medalla, lo que nos ha dicho la historia. ¿Cuántos fueron los cubanos que en el 68 necesitaron, para que los combatesen, esos doscientos dieciséis mil soldados españoles, que no pudieron lograr su rendición durante diez largos años, sino obtener la paz por medio de un pacto? En cifras oficiales cinco mil

quinientos hombres; ⁽⁴⁾ ese fué el número de los capitulados en el Zanjón. Si razonamos, con estos datos a la vista, ¿cuántos años se hubieran necesitado para que los sesenta mil mambises, existentes en el 98, de ellos 30,000 armados, disminuyeran hasta el punto de llegar a esa cifra de cinco mil quinientos, exigiendo, desde luego, que mantuviesen los españoles la de doscientos mil, ya inexistentes en el 98, para entonces viabilizar la paz entre unos y otros? Muchos, pero muchos años más habrían sido precisos para llegar a ese extremo.

Si por donde pasó el padre, el hijo pasará también, dicen los franceses, no existe la menor duda de que las aguerridas y estupendas legiones mambisas del 95, imitarían, con mayor experiencia y mayores ventajas, el ejemplo de sus padres en el 68, y cualquier desapasionado observador de esta campaña, no tendrá más remedio que convenir con los juicios de Blanco, Polavieja, Canalejas, etc., y con los de nuestro General en Jefe, porque es seguro de que, al fin y al cabo, el pueblo español se resistiría a enviar, periódicamente, todos los años, durante seis o siete años más, de ochenta a cien millones de pesos y cien mil hombres anuales para poder mantener fija en el campo aquella cifra de doscientos mil soldados, que no logró, al cabo de dos largos años de activas operaciones, pacificar siquiera la pequeña y llana provincia de La Habana. Una modesta petición de cinco mil soldados, reclamada en el 98 por Blanco, armó grandes protestas en la prensa española y hay que convenir, señores, con lo que dijo en un artículo publicado en *Nuevo Resumen*, en 1897, una de las mayores autoridades que ha habido sobre las guerras coloniales, porque hizo las de África, Santo Domingo, y Cuba, Don Nicolás Estévez: "No ha nacido todavía el Julio César que pueda terminar en otros diez años la guerra de Cuba."

Antes de terminar, señores, cuatro palabras. Ya que tanto Blanco como Canalejas han tocado, aunque sea de paso, aquel espantoso cuadro de la reconcentración, baldón del régimen colonial, la más patente demostración de cómo aquella guerra infernal aniquiló hasta las más remotas fibras de la sensibilidad humana, y cómo produjo un estado de verdadera anestesia moral en los altos personajes de la Metrópoli, ello nos lo muestra una simple consideración. A pesar

(4) No llegaron todos los hombres que capitularon, con José Maceo después de Baraguá, a mil hombres más.

de que Blanco admite que morían de hambre trescientos mil reconcentrados; que Canalejas eleva ese número en muertos a cuatrocientos mil, y el General Lee, mejor informado, a quinientos mil, sin embargo, este beatífico, este seráfico General Blanco, "hombre cándido y sin ninguna capacidad política ni militar" (M. Gómez); este Blanco, o su gobierno, mantuvieron vigente el Decreto de la reconcentración desde el mes de octubre, cuando se hizo cargo del mando en el año 97, hasta el 30 de marzo del 98, es decir, hasta seis meses después de su lúgubre confesión. Fué entonces, en 30 de marzo, y eso, perentoriamente exigido a Sagasta, en la sexta de sus peticiones por el Embajador norteamericano Woolford, cuando se suspendió el abominable decreto weyleriano. Muchos millares de seres más murieron de hambre durante esos seis meses, por la criminal abstención de Blanco y de su gobierno, en tocar los inhumanos decretos de Weyler.

Quiero también decir algunas palabras, para expresar cómo pensábamos entonces los cubanos, dar fe de nuestro agradecimiento de antaño a los Estados Unidos, cuando revivo esa época, que pasé; cuando recuerdo aquella población campesina nuestra, lo mejor de nuestro país, que durante más de un año vi, con espanto, circular en bandadas por nuestras calles, pobres seres transformados, unos, en esqueletos, cubiertos solos por la piel, otros, en verdaderos monstruos deformes, hinchados, infiltrados de sus edemas,⁽⁵⁾ casi hasta translucirse sus cuerpos, cayendo a veces muertos en las mismas calles de La Habana, por donde se arrastraban estos infelices, registrando ansiosos, durante la noche, los cajones de basura... Yo he visto recoger a una pareja del Orden Público español, en la esquina de San Rafael y Galiano, sobre la acera, una reconcentrada muerta, la que aún conservaba, apretada entre sus rígidos brazos, pegada al pecho, una niña de meses, viva todavía. Pues bien, señores, estos condenados a la muerte lenta por el hambre, sólo encontraron piedad en el pueblo norteamericano; hay que decirlo: éste fué el único país en el mundo entero, que recogió los lamentos de aquella misérable población rural, de aquel medio millón de cubanos condenados a morir de inanición, encerrados tras las alambradas de sus pueblos; bien sé que crímenes iguales también se han cometido, antes

(5) En la nosografía se introdujo por los médicos de entonces una nueva causa de fallecimientos, la hidrohemía, como aparece en los certificados de defunción de los cincuenta o sesenta muertos diarios que ocurrían en la ciudad de La Habana.

y ahora, por naciones europeas; pero al fin crímenes han sido que horrorizaron al resto de la humanidad. A pesar de haberse divulgado profusamente por la prensa americana, en artículos, en fotografías espeluznantes, episodios de esa dantesca reconcentración, dolorosa—tristísimo es decirlo—, no hubo un solo país en el mundo, señores, ni una sola nación civilizada, ni en Europa ni en la América española, a la que estas horribles miserias movieran a piedad, como pasaba a cada rato cuando un temblor de tierra afligía a Mesina, o el cólera se enseñoreaba de la India. Nadie registró el lastimero clamor de un pueblo entero que se moría de hambre, ni aún entre la misma población de La Habana, en sus clases pudientes, en sus comerciantes, en sus industriales, en nadie en fin, encontraron sus miserias eco, porque todos hicieron oídos sordos, todos cerraron los ojos ante aquellas horrendas visiones. Los periódicos de La Habana señalaron, como algo del otro mundo, que uno de los magnates de la Colonia, un millonario, el Sr. Manuel Calvo, quiso aliviar el hambre de quinientas mil personas destinando ¡sesenta irrisorios pesos mensuales! para la compra de alimentos a esa multitud hambrienta. Sólo un cubano, cuando fué Gobernador, durante el bloqueo, Rafael Fernández de Castro, digámoslo en su honor, creó cocinas económicas; pero fuera de este gesto, y de los sesenta pesos de don Manuel Calvo, y de una casa, prestada por Gregorio Palacios, únicamente en los Estados Unidos, en su Cruz Roja, encontró simpatías aquel desesperado lamento de nuestra población rural condenada a morir de hambre por el impío *úkase* de Weyler.

Los norteamericanos enviaron barcos, muchos barcos, grandes barcos como el *Comal*,⁽⁶⁾ atestado de miles y miles de toneladas de víveres y efectos, para aliviar el hambre de aquella muchedumbre; organizaron dispensarios, cocinas económicas, formaron Comisiones de damas para repartir alimentos, trajeron grandes cantidades de leche condesada, de galletas, de carne en latas, de comestibles y de medicinas; y Clara Barton en persona inició intensa campaña en pro de aquellos desvalidos. Se organizó, para este fin, por el General Lee, a un grupo de señoras y señoritas de la colonia angloamericana de aquella época, y algunas cubanas intrépidas, quienes merecieron de otras cubanas de alto copete, sus paisanas, el mote de *las cursis ane-*

(6) Los derechos arancelarios de la carga del *Comal* en un solo viaje, que le quiso imponer el gobierno autonómico, importaban ciento sesenta mil pesos.

xionistas, porque mostrar piedad ante aquellas desgracias y compadecerlas, tal vez eso desagradaría al divino Weyler, ¡como si por este interés caritativo se le reprochara su bando atroz y cómo si se sentara por ello plaza de antiespañolismo, de anexionistas! Entre aquellas damas de la Comisión de Mr. Lee recuerdo, digamos sus nombres, a Mrs. Finlay, a Mrs. Childs, a Mrs. Todd, a Donzy Solberg, a Mrs. Lawton, a Mrs. Echeverría, y otras más. Estas santas mujeres abandonaron banquetes y diversiones, estas "cursis anexionistas" recorrían las provincias de punta a cabo, auxiliadas por Charles Carbonell y por unos cuantos médicos cubanos, entre ellos recuerdo a los doctores Sotolongo y Linch, a Sollozo... Esa misma comisión de señoras y señoritas repartía semanalmente, además, cierta cantidad de dinero entre las familias más necesitadas de los insurrectos, algunas de las cuales inscribí yo, para recibir este óbolo; recuerdo entre otras de mi lista, a las hijas de Felo Castañeda, que aún vive una de ellas; al padre de Juan Delgado, a los familiares de "Pitirre"... Así, pues, señores, justo es consignar aquel hecho; el mundo entero se hizo el desentendido, volvió la cara al paso de aquella caravana de miserables hambrientos, de moribundos, y esa deuda de gratitud tenemos con aquel noble pueblo norteamericano del 97, con su Cruz Roja, con Clara Barton, con el General Lee, definido por la colonia integrista de entonces "como el primer insurrecto de Cuba". Muchas vidas cubanas lograron conservar la filantropía de aquellas piadosas corporaciones americanas.

Pasando a otra cosa, señores, nunca son los gobiernos—muchas veces transitorios, circunstanciales, pasajeros—expresión del sentir de sus pueblos. Éstos puedan ser y son sentimentales, generosos, pero a sus gobiernos jamás los mueve en sus decisiones el gesto romántico, sino lo que ellos estiman, en estos momentos, útil y de mayor provecho para su país.⁽⁷⁾ Si la España de Carlos III terció en la guerra de independencia de los Estados Unidos a favor de aquellos rebeldes anglosajones, no fué porque experimentara la menor simpatía por los gobiernos republicanos, ni por aquellos

(7) La paz de Vervins se firmó el 2 de mayo de 1598; los Estados de Holanda que preveían que esta paz les sería desventajosa, enviaron una embajada a Enrique IV para suplicarle que no hiciera con España una paz particular. El Monarca francés detestaba a los españoles y quería a los holandeses; la causa de la libertad y de la independencia religiosa complacían su noble corazón, pero el interés de su pueblo lo arrastraba y estaba antes que sus afecciones. Así, pues, el Tratado fué concluido. (General Lamarque, *Vida del Príncipe de Orange*.)

pueblos ultramarinos, a quienes apenas si conocía; no, no era sino por dañar a la Gran Bretaña, con la cual estaba en guerra. Así, nada más tonto que la actitud de la prensa habanera, echando en cara a los Estados Unidos su negra ingratitud, al declarar la guerra a España, reconociendo que "Cuba era y debía ser de derecho libre e independiente".

El Dr. Roig de Leuchsenring, en reciente e inspirado discurso, que yo tuve el gusto de oír, pronunciado en la tumba de Máximo Gómez, en el aniversario de su muerte, separó en declaración terminante a ese pueblo americano, que tanta simpatía mostró en el pasado por nuestra revolución, a quien tanto le debemos, que la hizo viable, lo apartó, pues, Roig de Leuchsenring en su discurso, de sus gobiernos, en la mayoría de las ocasiones adverso a la independencia de Cuba; pero si estos gobiernos de la América del Norte, porque creyeron que así les convenía, como dijo Roig, fueron contrarios a nuestra Independencia, o poco les importó, el buen pueblo de Norteamérica, desde el 51, desde Narciso López, desde las masacres de Atarés, desde la hecatombe del *Virginus*, donde mucha sangre norteamericana corrió bajo los pliegues de la bandera de la estrella solitaria, hasta éste del 95, siempre ese pueblo acogió con simpatía nuestros deseos; ayudó, para que desde sus playas zarparan, cuando la última guerra, más de treinta y cuatro expediciones armadas, algunas que formaban grandes convoyes, con municiones y hombres, las cuales desembarcaron en las costas de Cuba, sin contar las fracasadas; expediciones, que si se hubieran suprimido, habrían hecho imposible sostener la guerra a nuestros mambises. En cambio del resto de la América, de la América nuestra, de la "América infiel", que así la denominara nuestro gran tribuno Manuel Sanguily, indiferente a la contienda, sólo partieron los seis hombres, en un bote, de la expedición Gómez-Martí, de Montecristi, o el pequeño grupo de los 22 de Costa Rica, la de Crombet-Maceo, y pare usted de contar. Eso fué todo lo que por la Revolución de Cuba hizo la América no sajona, y si alguna otra expedición, formando cuerpo militar, en escuadrones, partió de otro país de Hispano-América, ruidosamente despedidos por sus autoridades, fué precisamente para combatir contra la independencia de Cuba, junto a los españoles... Y volviendo a lo mismo, ¿es que Santo Domingo, donde su Presidente, a hurtadillas, hizo viable la mitológica expedición

de la "mano de valientes" no simpatizaba con nosotros? Sí, y mucho, pero su gobierno no se atrevía a patrocinar intentos revolucionarios en Cuba, ante el poderío de España. En otros países hispanoamericanos, hermanos nuestros de raza y de lengua, tuvimos simpatías que temieron o no quisieron recoger sus gobiernos. El mismo pueblo hermano de México, tan identificado siempre con nosotros, donde a todas horas encontraron, más que acogida, generosa protección nuestros grandes proscritos, Heredia, Santacilia, Martí y otros muchos; a pesar de las hondas simpatías de su población por nuestra independencia, de su fraternal interés por nuestra suerte, nada hizo en pro nuestro su gobierno. Un ejemplo: sabido es que Don Porfirio Díaz rehusó en dos ocasiones recibir la visita de Antonio Maceo, quien la solicitaba, y por el cual, desde luego, debió sentir simpatía Don Porfirio, o al menos, la curiosidad natural por conocer a un tan valeroso soldado, nacido en la América española, como lo fué Maceo. Seguramente, su negativa tuvo por causa no disgustar al gobierno español. El mismo *Lily*, celosamente ocultó la dádiva que depositara en nuestro exiguo tesoro, por no irritar al Gobierno español. En Costa Rica, en el Perú, sobre todo, en Chile, en Colombia, en el Ecuador, tuvimos grandes simpatías en el 95, pero sus gobiernos se mantuvieron, durante el curso de la guerra, guardando la más estricta neutralidad. Y la explicación es ciertamente, señores, que esas naciones, algunas, pequeñas entonces, no podían desafiar el poder de España; eso sólo podía permitírsele el poderoso gigante norteamericano, al cual sólo bastó un abrir y cerrar de ojos para, de un manotazo, arrebatarse del dominio de España, a Cuba, a Puerto Rico y a Filipinas.

En Cayo Hueso, en los arenales de la Florida, dijo Máximo Gómez, nació el Partido Revolucionario Cubano de Martí. Cierto es que la declaración de guerra de los Estados Unidos a España fué tardía; pero la verdad es también que ahorró muchas vidas de libertadores, quienes hubieran perecido, porque a no dudar la Metrópoli, aunque *pintona* ya, y perdonen ustedes esta vulgar, pero muy criolla, muy gráfica expresión popular, aun no había madurado lo bastante para pactar con los cubanos; necesitaría de unos meses más, tal vez de otra "seca" para convencerse de que los cubanos eran, en su táctica especial mambisa, invencibles, como así definiera esta táctica, desde el año 1863, el general español La Gándara, al abandonar la Isla de

Santo Domingo, quien más autorizado que nadie vaticinó, que de ocurrir una guerra en la Gran Antilla, a la mambisa, nadie podría dominarla. Advertencia echada en saco roto por los Gobiernos de la Península.

Si la Intervención Americana mucho se demoró, salvó, sin embargo, la vida a miles de reconcentrados; nos evitó pagar los trescientos millones de pesos de la deuda colonial, que es probable hubiéramos reconocido al pactar con España, y esa deuda habría pesadamente gravitado sobre nuestra economía política, y retrasado o impedido la rápida reconstrucción de nuestro país, devastado por la guerra; hizo desaparecer el espectro de las pestes coloniales; nos higienizó, y aplicó por primera vez el mosquitero para vencer la fiebre amarilla.

Yo no sé cómo piensa el pueblo de Cuba de ahora, si es que piensa, sobre estas cosas de su pasado; pero sí sé cómo pensaban entonces nuestros mambises y nuestro pueblo. Todos los que somos de aquella época recordamos el suspiro de alivio que brotó del pecho de todos los cubanos cuando se conoció la declaración de guerra entre los dos países, entre España y los Estados Unidos, porque claro se vió el inmediato final, el término de aquel cruel calvario donde, clavada en su cruz, perecía de hambre la tercera parte de nuestro pueblo. Ese es el agradecimiento que debemos al pueblo de Lincoln y de Roosevelt. Y es la salvación de aquellos miles de cubanos, porque, en conclusión, si Cuba hubiera sido libre al fin y al cabo, por su propio esfuerzo, como abrigamos la más firme convicción, la guerra bautizada con gran acierto por el Historiador de la Ciudad, de hispano-cubanoamericana, anticipó su final y ahorró muchas desgracias más a nuestro pueblo.

En un examen retrospectivo, sobre nuestras tres guerras, sostenidas por la Independencia; sobre las multitudes cubanas que perecieron en esos empeños, y téngase en cuenta que, después de Venezuela, el país de Hispanoamérica que ha ofrendado a esa idea mayor número de muertos, durante sus tres guerras, ha sido esta pequeña ínsula, Cuba; y ese trueque de la bandera oro y gualda por la tricolor de Narciso López, ese cambio, que gracias a la Invasión, al fin, se logró, ¿fué feliz o fué nocivo a los grandes intereses morales y futuros de la sociedad cubana? Volviendo la espalda a ustedes y encarándome frente a ese otro grupo de cubanos maldicientes, que a

cada rato oímos renegar de los veteranos y de su obra, que fué, oídlo bien, buena o mala, la obra de casi todo el pueblo cubano, aquí le declaramos que fueron sus sacrificios bienhechores para nuestro país, a pesar de la realidad nacional presente, porque abrigamos la esperanza de que sean sus lacras pasajeras; pero, de cualquier manera que se considere nuestro problema, por lo menos podemos hoy repetir, sin temor alguno, aquella copla anónima que en la boca de todos estaba a la caída del régimen colonial en 1898, y con esta cuarteta popular, señores, termino:

*El noble pueblo cubano
Con ser libre se consuela,
Olvidando a Fonsdeviela
Y al canalla Valeriano.*



PROCESO EVOLUTIVO Y REVOLUCIONARIO FORJADOR DE LA NACION CUBANA

Acuerdos del VII Congreso Nacional de Historia

*Conclusiones del trabajo Cuba, victoriosa contra España en la Guerra
de 1895-1898, presentado por*

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING

1

Lo que es la Nación cubana

La Nación cubana no es la consecuencia, como algunas naciones surgidas a la terminación de graves conflictos bélicos mundiales, de las conveniencias o de las intrigas de grandes potencias, naciones trazadas sobre el mapa en la mesa de las conferencias internacionales; ni es tampoco el producto de la aglutinación de regiones antagónicas por su heterogeneidad racial, religiosa o política; ni debe su existencia al favor interesado de otras naciones, con cuyo concurso—de haber sido necesario—jamás hubiera entrado Cuba a formar parte de la comunidad jurídica internacional.

Muy por el contrario, la Nación cubana es el resultado del muy largo proceso evolutivo del pensamiento y de la acción de los hijos de esta tierra en busca de normas e instituciones políticas que resolvieran, ya de inmediato, ya para el futuro y de modo permanente, los problemas de toda índole que en épocas diversas confrontó nuestro pueblo durante los tiempos coloniales; proceso de formación y plasmación de la conciencia cubana hacia la integración de la nacionalidad.

El detenido examen de este cuadro nos muestra cómo los cubanos, colonos, trataron de buscar la felicidad y el engrandecimiento de la patria, ya bajo la soberanía española, como tales colonos, garantidos y amparados, debida y justamente, por el gobierno metropolitano; ya mediante la implantación de reformas concordantes con las necesidades y el progreso logrado por la Isla; ya a través de una autonomía política, económica y administrativa que permitiera el libre desenvolvimiento de las actividades criollas en ese orden de cosas, sin las cortapisas y explotaciones inherentes al régimen hasta entonces seguido, de manera que mediante la evolución, Cuba se preparase para el gobierno propio, creyendo que se evitaban así las trastornadoras conmociones de los procedimientos revolucionarios; ya deslumbrados por el espejismo de la libertad y el bienestar conquistado por las colonias inglesas, independizadas, del Continente, aspiraron a la incorporación de Cuba como un Estado más de la Unión norteamericana, forzando en algunos casos las simpatías y aceptación de esa tendencia anexionista, el peso aplastante de una más rápida eliminación del despotismo metropolitano español.

Y como meta culminadora de ese desarrollo de la idea nacionalista: el gran movimiento político revolucionario independentista, con sus prolegómenos de la rebelión de la libertad económica que contra el imperialismo español iniciaron los vegueros en 1717 y repitieron en 1723. Movimiento libertador que arranca desde la inicial conspiración de Román de la Luz, Luis F. Basabe y Joaquín Infante, descubierta y abortada en 1810, y finalizado en 1898, y en el que no es posible dejar de tener en cuenta la lucha por la libertad racial que encabezó en 1812 el esclavo José Antonio Aponte, ni la bárbara represión esclavista llamada de *La Escalera*, de 1844. Período de dos siglos, plétórico de conspiraciones y expediciones, regado con la sangre de los protomártires de nuestra libertad, en el que vemos unidos en la persecución de un común ideal a cubanos blancos y negros, africanos, españoles, chinos, centro y suramericanos y norteamericanos, y que se precisa en aspiración única del rompimiento de todo vínculo con España, al llegarse al convencimiento de que son inútiles las demandas pacíficas por mejoras y reformas, justicia y libertad.

Largo y cruento movimiento revolucionario independentista que tuvo sus dos más geniales visionarios y orientadores de la conciencia

patria a ese sentido encaminada: en Félix Varela, filósofo y maestro esclarecido, propugnador, desde 1824, de que era la separación de la metrópoli por la revolución, el único procedimiento a seguir para la conquista y afianzamiento de los ideales nacionalistas de libertad y justicia, cultura y civilización; y en José Martí, apóstol, heraldo, paladín y mártir de la independencia cubana, y estadista genial, a su vez, de la realidad republicana, que no se conformó con señalar la senda que conducía a la patria libre y ofrendar por ella su vida, sino que legó a sus compatriotas, en múltiples trabajos, enseñanzas, consejos, advertencias y admoniciones, que constituyen admirable ideario cubano, contenido del más exacto y sorprendente programa, político y económico que la República debía seguir, en el que aparecen anunciados todos y cada uno de los peligros que la amenazaban, los males que podrían sobrevenirle y los abismos en que le era fácil caer, si no se prevenían y evitaban aquéllos.

2

Colonialismo

Limitada la colonia a ser una estación de tránsito de las escuadras y una base de operaciones con destino a tierras más importantes, casi tres siglos de existencia vegetativa hicieron dormir a los pocos residentes en una tranquilidad parecida al anulamiento. No podía decirse que colonizaban, que poblaban, que establecían otra España, ni que existía, por tanto, el colonialismo, sino tan sólo el hecho colonial, la acción de apoderamiento que suponen la invasión y la conquista.

Los cubanos colonialistas se sentían españoles, orgullosos de serlo, y es a título de tales españoles que reclamaron, en unión de numerosos peninsulares afincados en la Isla, un trato igual al que recibían sus hermanos de la Península, lo que sólo pasajeraamente pudieron lograr.

Tomada La Habana por los ingleses en 1762, después de la restauración española, la fuerza de los acontecimientos provocó el cese de la factoría y el nacimiento de la colonia. La población habanera consideró enemigos a los ingleses, los hostilizó, los despreció. Como españoles, no podían aceptarlos. Pero los meses de dominación británica sirvieron para que en ellos brotara el latente anhelo de

reclamar sus derechos como españoles. Desde luego que en estas demandas los colonialistas criollos, no olvidaban la consecución de sus beneficios particulares y de clase. Prácticamente, el pueblo no existía. En lo alto, esta clase privilegiada. En lo más bajo, el esclavo negro, rural y urbano.

No existe inmediata relación entre el colonialismo y la nación cubana. El colonialismo tendía a la integridad del imperio español, y la nación buscaba su fisonomía propia y su modo de expresión libre. Y, sin embargo, el germen de una está en el otro.

3

Reformismo

Comienza ahora la lucha de la colonia frente a la metrópoli.

Mientras gobernaron a Cuba hombres como Las Casas, Someruelos y Cienfuegos—sucesores estos dos últimos del primero—; mientras nuestra Isla en la adolescencia de su vida nacional, no sintió los rigores del despotismo, ni pidió reformas políticas sustanciales, ni reveló su propósito de romper los vínculos que la unían a España.

La corriente reformista, que tiene su primera etapa desde el colonialismo hasta 1820; la segunda de 1830 a 37, con José Antonio Saco, su expresión más alta; y la tercera de 1860 a 66, de la que es su líder José Morales Lemus, se caracteriza porque los hombres que la integran ya no tienen la preocupación de subrayar su hispanidad, descubriéndose, sí, su cubanidad. La posición ante la esclavitud, va evolucionando. Se la acepta, pero se combate la trata, primero; se reclama la desaparición de aquélla, pero mediante indemnización y gradualmente, después.

El régimen absolutista se encuentra en pavoroso descrédito. La desorganización y el abandono de todos los servicios públicos y la angudísima corrupción administrativa, han provocado descontento y repulsa generales en el país.

La disolución de la *junta de Información*, convocada en 1865, demostró una vez más la inutilidad de todo esfuerzo pacífico encaminado a lograr mejoras y reformas bajo el dominio español, mucho menos derechos y libertades.

Y con el fracaso del reformismo se pone de relieve que Cuba está

perdida para España; ya no volverá a ser "Cuba española", aunque esgriman ese lema, más tarde, los autonomistas.

4

Autonomismo

No lograda la victoria del ideal independentista mantenido por los patriotas libertadores durante la primera etapa de la Guerra de los Treinta Años—1868-98—, la falsía del Pacto del Zanjón—que estableció una tregua en la lucha separatista—hizo ver a los cubanos la necesidad de organizar nuevamente sus fuerzas, dentro del campo de la legalidad, para reclamar de la metrópoli el reconocimiento de sus legítimos derechos y la concesión de todas las libertades compatibles con el mantenimiento en esta Isla, de la soberanía española.

Para acometer esa extraordinaria, difícil y urgida labor, los viejos reformistas y muchos libertadores de la Guerra Grande, fundan el Partido Liberal, que en 1881 se convierte en Partido Autonomista, al que no puede dejar de considerarse como el partido de los cubanos, frente a los otros partidos francamente españoles.

Durante el que ha sido llamado su "período heroico", que abarca desde su fundación hasta que se reanuda la lucha libertadora en 1895, prestó beneficio indudable a la causa de la emancipación cubana, avivando con su propaganda, en periódicos y mítines, en folletos y libros, el fuego patrio contra los errores, explotaciones e injusticias del régimen colonial español; y aunque su propaganda fué positivamente estéril en cuanto a esa soñada e imposible transformación del espíritu español, resultó en sumo grado eficaz, para transformar, aun sin quererlo, el espíritu cubano, y, bajo el dosel de la bandera española, encendió un foco de luz ardiente que habría de consumirla, al poner al descubierto, como un baldón, sus manchas imborrables.

Nulas resultaron, en cambio, sus campañas en la isla durante dieciocho años, así como los alegatos en las Cortes españolas, de sus más prominentes miembros, e inútiles sus esfuerzos pacíficos en favor de Cuba; pero, aunque no se lo propusieron, los autonomistas resultaron el factor más poderoso de la Revolución y de la propaganda apostólica de Martí.

Reanudada la lucha libertadora el 24 de febrero de 1895, comienza entonces el "período pusilánime" del autonomismo.

Ya entre las resoluciones y los acuerdos del Segundo Congreso Nacional de Historia se afirma que "sólo puede encontrarse explicación a la errónea postura, junto a España, adoptada por los autonomistas cubanos en 1895—y mucho más en 1897 y en abril de 1898, después del fracaso de Martínez Campos y de Weyler, y de haber probado sus hermanos, los revolucionarios mambises, capacidad y fuerzas militares extraordinarias y ostensibles—, en el agudo reaccionarismo y conservadorismo políticos de aquellos hombres; en su españolismo, sentido más ardientemente que el cubanismo natural y lógico, dada su condición de criollos; y en su posición económica de burgueses acomodados, hombres de estudio y gabinete, profesionales en su mayoría, egoístas y pusilánimes, incapaces de arrostrar en beneficio de la colectividad la posible pérdida de su propio bienestar material y el de su familia".

5

Anexionismo

El movimiento anexionista fué, dentro de la aspiración suprema y el ideal definitivo por la separación de la metrópoli y la conquista de la independencia absoluta, una forzada transigencia ante la inseguridad del triunfo revolucionario. Lo impulsaron dos motivos: la necesidad de que terminara el despotismo español y de conseguir la justicia y la libertad que les negaba la metrópoli, finalidades que esperaban lograr al incorporarse Cuba como Estado de la Unión. Y la flaqueza cívica, la apatía, que llevaban a la anexión, como medio rápido e incruento de salir de la tiranía española. El anexionismo fué para los cubanos que lo mantuvieron y trataron de propiciar, un cálculo, no un sentimiento.

Como doctrina política tendiente a la inclusión de Cuba en la Federación norteamericana, surgió primero en los Estados Unidos que entre nosotros; pero nada tuvo que ver esta tendencia anexionista norteamericana con la tendencia cubana. Una y otra marchan por vías distintas.

Aunque no se vieron libres de propugnar esta aspiración ane-

xionista Carlos Manuel de Céspedes y los más conspicuos líderes de la Revolución del 68, desalentados en su empeño libertador por la escasa cooperación que les prestó en los días iniciales el pueblo de Cuba, y por las divisiones, rencillas y antagonismos surgidos entre los propios jefes revolucionarios, no puede ser estimado nunca como un movimiento antipatriótico, en esa época. Y los patriotas revolucionarios del 68, al comprobar que los gobernantes norteamericanos no recogían sus demandas, ni acudían tampoco en auxilio del Ejército Libertador, ni lo favorecían con el reconocimiento de la beligerancia, no obstante los nobilísimos esfuerzos del gran amigo de la causa de la independencia de Cuba, John A. Rawlins, Secretario de la Guerra del presidente Grant, y de otros numerosos ciudadanos de la Unión, abandonaron por completo sus empeños anexionistas y continuaron la contienda armada por la libertad de Cuba.

En el sentido antes indicado, el movimiento anexionista cubano constituye una prueba más, formidable, del propósito decidido de los cubanos, de alcanzar, con el cese de la dominación española, el abatimiento del despotismo y la conquista de la justicia y libertad; es demostración plena de que los cubanos, de tal modo estaban resueltos a no seguir siendo españoles, que preferían alcanzar esos ideales, incorporando la Isla, como Estado, a Norteamérica; nunca, desde luego, como colonia.

No faltaron entre los anexionistas, algunos que perseguían, no ideales patrióticos, sino intereses personales: aquella parte de la burguesía cubana de la época que anhelaba la continuidad del disfrute y el acrecentamiento de su acomodada posición económica, que a la esclavitud tenía por base, amenazada de mortal crisis por las vigorosas propagandas y actividades abolicionistas inglesas, frente a las cuales Norteamérica era un ánora posible de salvación.

6

Contra la explotación económica, en el siglo XVIII

La trascendencia que tiene entre nosotros la sublevación de los vegueros del siglo XVIII, estriba en que es el único movimiento revolucionario desarrollado en Cuba, a través de todos los tiempos, de genuino y exclusivo carácter económico, tanto en sus causas y

orígenes como en sus finalidades y peripecias; la primera protesta y la única de índole revolucionaria, contra un monopolio abusivo y perjudicial para nuestro pueblo y singularmente para el campesinado; y el primero y único estallido de rebeldía armada contra el imperialismo económico español en esta Isla.

Provocado por el establecimiento del monopolio del tabaco, en 1717, en la sublevación de los vegueros contra el estanco del mismo, no aparecen ni la democracia, ni la patria, ni siquiera la bandera de las reformas, y en aquélla se encuentra solamente la simple reacción del instinto, la dudosa fidelidad a un monarca lejano, cuyo representante es expulsado sin consideraciones, la unión de todos los elementos de la población en torno a la única clase de recia condición y peso suficiente para determinar una gravitación de las demás en torno. Y, por encima de todo ello, un anhelo impreciso, mas no por ello menos elocuente, de libertad, de amplitud vital.

7

Rebeldías y sublevaciones antiesclavistas

Las rebeldías y sublevaciones de esclavos, entre las que se destaca en primer término la de José Antonio Aponte, ejecutado con sus compañeros, el año 1812, y en la que se produjo la unión, en una misma viril y justa protesta, de los esclavos de las distintas razas africanas, de los esclavos con los negros libres y de los negros con los mulatos, y de los hombres de color de los más diversos oficios; tienen la significación singular en el proceso evolutivo de la nacionalidad cubana, de que, aunque sin perseguirse fines políticos determinados, vinieron al cabo a colocar a toda la población de color de Cuba, frente a España; y las bárbaras represiones contra la misma y contra los blancos abolicionistas, especialmente la que se desató con motivo de la llamada *Conspiración de la Escalera*, ahondaron más y más la división entre españoles y cubanos, y unieron, para la hora del gran movimiento revolucionario de los Treinta Años, en su primera etapa de 1868-78, a los hijos de esta tierra en un común empeño libertador.

8

Raíces de la lucha independentista

Por resoluciones del Segundo Congreso Nacional de Historia quedaron fijadas las raíces de la lucha cubana independentista, que constituyen no sólo su natural explicación, sino también la lógica justificación, de todas las conspiraciones, rebeliones, levantamientos, expediciones, revoluciones y guerras contra la metrópoli española, que, como allí se afirma, representa la independencia y el más grande de los heroicos esfuerzos y sacrificios populares, con ese fin realizados en América.

Los comienzos de esos movimientos revolucionarios independentistas, se hallan huérfanos de efectivo respaldo popular y hasta del apoyo de alguna determinada clase de nuestra Sociedad, ya que no se había plasmado todavía una conciencia revolucionaria independentista. Son casos aislados, y personales algunos, pero que revelan la existencia de una general repulsa al despotismo español y la búsqueda de caminos que condujeran a un clima de libertad, justicia, cultura y civilización. Algunos de esos movimientos revolucionarios son impulsos del exterior, que encuentran escaso eco en la Isla, y contra los cuales se pronuncia, con formidable lógica, desde su revista *El Habanero*, Félix Varela, predicando la necesidad de que la revolución se haga con elementos del país, con la debida preparación y organización e ineludible unión de los dispersos y a veces antagónicos elementos revolucionarios.

Pero, no obstante estos factores negativos, esos movimientos independentistas son escalones que conducen a las metas de la Guerra de los Treinta Años; encendidos carbones que avivan la fragua en que se forja la nacionalidad.

9

La Guerra Liberadora de los Treinta Años

Al declarar la Asamblea revolucionaria de Jimaguayú, el 16 de septiembre de 1895 que—como lo ha reconocido el Segundo Congreso Nacional de Historia—la guerra entonces comenzada el 24 de febrero de dicho año, era continuadora de la guerra que se inició

vencer o morir. Unos y otros son, desde ahora, esclavos del régimen colonial español. Esas cadenas necesitan romperlas conjuntamente.

Cuando la Revolución tiene su tregua en El Zanjón, al frente de ella se encuentran los que comenzaron de soldados, hombres de otra extracción social bien distinta a la de los que la iniciaron. El contenido popular de la tropa mambisa va permeando poco a poco muy destacadas posiciones dirigentes. A medida que la guerra avanza se va borrando la hegemonía de los sectores ricos. Hombres del pueblo ganan grados en los campos de batalla. Y en 1878 se ha esfumado el rol dirigente de la burguesía cubana. La Revolución marcha en hombros de los Máximos Gómez y los Antonio Maceo. De hombres cuya extracción social es muy distinta a la de Aguilera y Céspedes. Y con el mulato Maceo viene a parlamentar el más conspicuo representante de España en Cuba: Arsenio Martínez Campos.

En la Revolución de 1868 se ponen al descubierto defectos y vicios del carácter y las costumbres cubanos y las desastrosas consecuencias del corrompido y disociador sistema colonial: divisiones y antagonismos, personalismos y localismos. Pero allí se constatan también las necesidades ineludibles para el triunfo de tan alto empeño libertador: la unión, la disciplina, el cordial entendimiento, la unidad de mando, la clara concepción nacionalista de la contienda, que han de cuajar en el 95.

La Revolución del 68 demuestra la capacidad cubana para el desempeño, aun de aquellas tareas, como las militares, tan ajenas a las normales actividades de un pueblo criado en la esclavitud: de ellas saldrán guerreros tan extraordinarios como Gómez, Maceo, García, Agramonte y otros muchos, maestros graduados en el arte de la guerra, en la guerra misma, estrategias que se enfrentaron de igual a igual con los príncipes de la milicia española y hasta los superaron. En esa lucha bélica se pusieron a prueba, igualmente, virtudes ejemplares del cubano: desinterés, sacrificio, abnegación, heroísmo. Y se vió, cómo después en el 95, que la mujer, el anciano y el niño, hacían causa común con sus padres, esposos, hermanos e hijos, que peleaban y morían en la manigua insurrecta. Y esa población civil ofrendó también su bienestar y su vida por la causa de todos: por Cuba Libre.

Y como contraste, conoció el cubano blanco, como yo la había

sufrido el cubano negro, hasta qué límites extremos de inhumanidad podía llegar el despotismo del régimen colonial español.

11

La tregua revolucionaria del Zanjón al 95

¿Qué significación tuvo para Cuba y la causa libertadora cubana el Pacto del Zanjón? ¿Fue una victoria española y una derrota cubana?

No obstante la superioridad numérica, en la guerra de 1868-1878, de las fuerzas regulares enviadas desde la Península y de las milicias de voluntarios y guerrilleros reclutados en la Isla, de los abundantes pertrechos bélicos de que disponían los españoles, del no reconocimiento de la beligerancia del Ejército Libertador por los gobiernos norteamericanos, del decaimiento final padecido por los revolucionarios, y de los localismos que impidieron extender la guerra a todo el territorio de la Isla, España no pudo vencer por la fuerza de las armas a la Revolución. Tuvo que pactar. En El Zanjón no fue aniquilado el ideal de independencia, sino vencido el régimen absolutista establecido el año 1837. España reconoció la personalidad de Cuba al pactar con el Comité Revolucionario del Centro. La beligerancia que en vano reclamaron los revolucionarios, de los Estados Unidos y de muchas de las repúblicas de América durante la contienda, España la reconoció el 10 de febrero de 1878, al obligarse con el pueblo de Cuba en armas. Fue el poder de la Revolución, a pesar de estar moribunda, el que le impuso a España las obligaciones que ésta adquirió en El Zanjón.

Pero España no cumplió ninguno de los compromisos contraídos en el Pacto, logrando, sí, los cubanos, además del citado reconocimiento de la personalidad de la revolución libertadora, el reconocimiento de la emancipación de la esclavitud, proclamada desde 1868 en los campos de Cuba libre, ya que España, al comprometerse a dar, según se expresaba en el Pacto, "libertad a los colonos asiáticos y esclavos que se hallen hoy en las filas insurrectas", se ató irremediabilmente al compromiso de abolir por completo la esclavitud, pues era un contrasentido que gozaran de libertad los negros y chinos rebeldes y continuaran esclavos los negros y chinos leales a

España. Y ésta, el 13 de febrero de 1880, tuvo que dictar la ley que abolía por completo la esclavitud en la Isla de Cuba.

A los libertadores cubanos, a la revolución del 68, debían, pues, una vez más, en Guáimaro y en El Zanjón, los hombres de color de Cuba, su libertad y su igualdad con los hombres blancos.

No fué, pues, el Pacto del Zanjón, una derrota cubana, ni una victoria española, ni tampoco fué la paz. Fué, pues, una tregua para reanudar la lucha iniciada el 10 de octubre de 1868 en La Demajagua. Y el incumplimiento de las reformas y mejoras prometidas en el Pacto, sirvió de acicate para mantener en pie la rebeldía separatista.

12

*Etapa final de la Guerra Libertadora de los Treinta Años:
La Revolución de 1895-1898. Su organización e ideología*

Damos por reproducidas aquí las conclusiones aprobadas en el Segundo Congreso Nacional de Historia, revaloradoras de la etapa final, iniciada el 24 de febrero de 1895, de la Guerra de los Treinta Años, agregando a ellas que la elección por Martí y el Partido Revolucionario Cubano, de Máximo Gómez como General en Jefe de la nueva contienda armada a desarrollar por el Ejército Libertador, representa una de las más elocuentes manifestaciones del genio político revolucionario de Martí. Y la aceptación de Gómez constituye el triunfo asegurado de la revolución, porque Gómez es el estratega por excelencia de la Guerra Grande, maestro insuperable de los generales supervivientes que serán durante el desarrollo de aquélla, los Lugartenientes Generales—Antonio Maceo y Calixto García—, que siempre reconocieron la autoridad y capacidad de aquél, y a quien únicamente, y no otro alguno, Martí sabe que estarían dispuestos a acatar y obedecer, como General en Jefe, actitud análoga que adoptarían todos los demás oficiales del 68.

13

La Revolución de 1895-98 fué obra de una mayoría popular

La Guerra libertadora cubana de 1895-98 fué obra de una mayoría popular, pues movilizó, en forma mayoritaria a la población cubana,

sin que eso quiera decir, desde luego, que esa mayoría empuñó las armas y se lanzó a los campos de lucha armada; pero sí que además de las fuerzas combatientes del Ejército Libertador, el pueblo de Cuba, mayoritariamente, hizo causa común con la revolución y a ella se sumó, ya nutriendo las fuerzas libertadoras en calidad de soldados y oficiales, ya cooperando con éstos en incontables y eficacísimos servicios auxiliares, ya también prestando la población civil, de uno y otro sexo, urbana y singularmente rural, no menos valiosísima ayuda y sin que faltara siquiera el apoyo inapreciable de los cubanos emigrados en el extranjero, de modo principal los que se encontraban en los Estados Unidos, sosteniendo estas emigraciones, económicamente, la revolución, durante todo el curso de la misma.

Y ésta alcanzó proyecciones francamente nacionales, extendiéndose a todo el territorio de la Isla, a las seis Provincias, peleándose en todas ellas, después de terminada la triunfal campaña de la Invasión, y hasta en la provincia de La Habana, y en las cercanías de la propia Capital, residencia de las altas autoridades civiles y militares, las fuerzas libertadoras tuvieron constantemente en jaque a las tropas españolas y sus auxiliares las milicias de voluntarios y guerrilleros.

Después de la Invasión, el poder de España en Cuba estaba herido de muerte, habiendo perdido España toda posibilidad de derrotar al Ejército Libertador y pacificar la Isla.

Prueba contundente del carácter mayoritario de la Revolución del 95 nos la ofrece la reconcentración del campesinado criollo, propugnado en la obra que publicó a principios de 1896, escrita en diciembre de 1895, con el título de *La Guerra separatista de Cuba, sus causas, medios de terminarla y de evitar otras*, el presbítero Juan Bautista Casas, gobernador que fué del obispado de La Habana, recomendada por el capitán General Arsenio Martínez Campos, al Ministro de Ultramar, Tomás Castellanos, en carta de 8 de julio de 1895, al confesarle su fracaso en el propósito de aplastar la revolución libertadora; e implantada, de acuerdo con el Presidente del Consejo de Ministros Antonio Cánovas del Castillo, por el General Valeriano Weyler, al hacerse cargo del gobierno de la Isla, pues si todos ellos consideraron indispensables para abatir la revolución libertadora privarla, mediante la reconcentración, del auxilio poderosísimo que le prestaban hombres y mujeres, ancianos y niños, desde sus bohíos, en el monte y la sabana, sirviéndole de mensajeros,

proporcionándole medios de subsistencia, medicinas y pertrechos de guerra; informando del paso de las tropas y lugares donde se hallaban acampadas, y persiguiéndose también con aquélla, no sólo aislar, sino exterminar en masa, por el hambre y las enfermedades, a la población cubana simpatizante y auxiliar de la revolución, ello demuestra bien claramente que si ésta hubiera sido una minoría, estaba demás la reconcentración de la misma en las ciudades y los poblados.

14

La estrategia y táctica del Ejército Libertador, factor determinante de su pujanza incontrastable

Factor determinante de la pujanza incontrastable mantenida en todo tiempo después que se realizó la Invasión de Oriente a Occidente del Ejército Libertador, fué la peculiarísima estrategia y táctica militares desarrolladas por él mismo contra el ejército español, sirviéndole a aquél de entrenamiento magnífico la Guerra del 68 en la utilización de los eficacísimos elementos que la naturaleza y el clima le ofrecían en la guerra de guerrillas.

Y la naturaleza y el clima tropicales representaron en todo tiempo elementos favorables para el libertador cubano y fatalmente adversos para el ejército español, así como la fe patriótica de los revolucionarios separatistas hizo prodigios en esfuerzos, sacrificios, valor y heroísmo, cual siempre ocurrió al hombre espoleado por estados de necesidad y animado por misticismo patriótico y militar.

15

El aniquilamiento de las fuentes españolas de producción y riqueza, otro elemento decisivo de victoria

Fué también factor decisivo de la victoriosa pujanza del Ejército Libertador la resolución adoptada por el General en Jefe, Máximo Gómez, y puesta en práctica durante toda la campaña, de aniquilar por completo las fuentes de producción y riqueza, la vida agrícola, industrial y comercial de la Isla, especialmente la producción azucarera, de acuerdo con la circular que aquél dictó, en primero de julio de 1895, prohibiendo terminantemente la introducción de

frutos de comercio y de ganado en pie en las poblaciones ocupadas por el enemigo, ordenando la paralización de las labores en las fincas azucareras e incendiando los cañaverales y demoliendo las fábricas de aquellas que intentaren realizar la zafra, porque de esta manera se restaban al gobierno español las cuantiosas entradas que la industria azucarera le proporcionaba y las que eran invertidas en el sostenimiento del ejército insular y de los guerrilleros que con aquél cooperaban a combatir la revolución.

La paralización de la vida económica de la Isla, y de modo singular la de la industria azucarera, convirtió en protestantes de los métodos de gobierno desenvueltos por España en Cuba, a los hombres de dinero, de influencia siempre preponderante en las esferas oficiales, e hizo patente, a su vez, esa pujanza de la Revolución y la ineficacia que para aplastarla y para garantizar vidas y haciendas, demostraban los gobernantes y ejércitos españoles.

16

Cánovas y Sagasta, Martínez Campos y Weyler reconocen el fracaso de la política guerrerrista

Si Cánovas y Sagasta, y con ellos los dos partidos políticos turnantes en el poder durante largos años de la vida española, escogieron la política guerrerrista como la adecuada para poner término, desde sus inicios, a la Revolución Libertadora de 1895, sintetizándola en la famosa frase que fué lema y bandera de ambos partidos y de sus jefes, "el último hombre y la última peseta", antes de abandonar la Isla a sus hijos, el desarrollo de la revolución, su carácter mayoritario, la pujanza incontrastable lograda y mantenida por el Ejército Libertador, no obstante la enorme superioridad de las fuerzas de que disponía España en la Isla y de la calidad de los pertrechos bélicos, les hizo ver la inutilidad de la guerra por la guerra para alcanzar las finalidades que perseguía.

Así lo demuestran de modo absoluto la sustitución de Calleja por Martínez Campos, de éste por Weyler y de éste por Blanco y el abandono, resuelto por el propio Cánovas, de la política guerrerrista, por los métodos conciliadores, y la implantación por Sagasta de la autonomía, y el abierto rechazo que a la misma dió la Revolución.

hombre y la última peseta”, límites señalados por Cánovas y Sagasta, y con ellos, por los dos grandes partidos españoles turnantes en el poder, hasta el cual estaba dispuesto a llegar el Estado español en su empeño de aniquilar, por la fuerza de las armas, la revolución cubana libertadora; diezmados por la acción bélica y por el clima, las enfermedades y el abandono y la explotación de que eran víctimas, los enormes contingentes de hombres enviados a Cuba, y en la imposibilidad de enviar nuevos refuerzos por haberse producido ya un estado de descontento y de protesta popular en la Península, contra el inútil sacrificio que el pueblo había venido haciendo de su juventud obrera y trabajadora y contra la intolerable discriminación mantenida y en favor de las clases pudientes, que habían venido comprando la redención de sus hijos mediante el pago de mil quinientas pesetas por cada recluta perteneciente a las mismas, sorteado para marchar a Cuba.

Tampoco era posible continuar la guerra, por el agotamiento de la economía y la hacienda españolas, que se hallaban en plena bancarrota.

18

Probombres españoles confiesan la inevitable derrota de España

Entre los numerosos gobernantes, políticos e historiadores españoles que supieron ver y proclamar la realidad histórica de esa situación de derrota inevitable en que se encontraba España en abril de 1898, se encuentran y merecen ser citados de modo especial, por sus clarísimos y terminantes pronunciamientos: Francisco Pi y Margall, el Conde de Romanones, Gabriel Maura Gamazo, Luis Morote, Antonio María Fabié, Emilio Castelar, Juan Ortega Rubio, Pablo de Alzola y Minondo, el Almirante Pascual Cervera que dirigió el combate naval de Santiago de Cuba con la escuadra norteamericana, y el capitán de navío Víctor M. Concas y Palau, Comandante que fué del crucero acorazado *Infanta María Teresa* y jefe de Estado Mayor de aquella escuadra.

Los presidentes Cleveland y McKinley y los Secretarios de Estado Olney y Woodford y numerosos congresistas reconocen la asegurada victoria cubana, y el Senado, interpretando la voz del pueblo, proclama que el Gobierno de la Revolución es el legítimo de la República de Cuba

Aunque el Estado norteamericano fué desde los remotos tiempos del presidente Jefferson—y según ha quedado proclamado minuciosa y detalladamente por resoluciones del Sexto Congreso Nacional de Historia—enemigo en todo tiempo de la independencia y de la libertad de Cuba, en la copiosísima documentación oficial que confirma dicha actitud negativa a los ideales libertadores cubanos se encuentran pruebas elocuentísimas, que equivalen a plena confesión, de la existencia de un estado de opinión mayoritario cubano en pro de esos ideales, así como de la pujanza demostrada por el Ejército Libertador desde 1895 a 1898 y de la imposibilidad en que se hallaba España de dominar la Revolución.

Así lo revelan los terminantes y trascendentales pronunciamientos del presidente Grover Cleveland en su Mensaje anual al Congreso, de 2 de diciembre de 1895, y en su Mensaje de despedida de 7 de diciembre de 1896; los contenidos en la nota famosísima de 4 de abril de 1896, enviada por el Secretario de Estado de aquél, Richard Olney, al representante español en Wáshington, ofreciéndole los buenos oficios de Norteamérica para poner término a la guerra separatista de Cuba; e igualmente los pronunciamientos del presidente William McKinley en su Mensaje de 6 de diciembre de 1897, y los que figuran en las instrucciones que la Cancillería norteamericana dió a su ministro en Madrid, Stewart L. Woodford y que éste comunicó al Ministro de Estado español el 18 de septiembre de 1897; los numerosos proyectos de Resolución Conjunta presentados en el Senado y Cámara de los Estados Unidos durante el curso de la guerra cubana, y de modo especial después de la voladura del *Maine* en el puerto de La Habana, favorables la mayoría de ellos, al inmediato reconocimiento de la independencia y del gobierno constituido de la República de Cuba en armas, y sin que faltaran las acres censuras a McKinley por su actitud negativa a esas finalidades; y por último, el acuerdo adoptado por el Senado el 16 de abril, por votación de 67

votos contra 21, declarando “que el pueblo de Cuba es y de derecho debe ser libre e independiente, y que el Gobierno de los Estados Unidos reconoce por la presente a la República de Cuba como el Gobierno legal y verdadero de aquella Isla”.

Aunque esta última parte no figuró en la Resolución Conjunta que—confirmando, una vez más, la inalterable actitud contra Cuba Libre del Estado norteamericano—definitivamente aprobó el Congreso el 19 de abril y sancionó el presidente McKinley el día 20, ello no le quita a ese acuerdo del Senado el altísimo valor que tiene de interpretación fiel y exacta de la voluntad mayoritaria del pueblo de los Estados Unidos, de reconocer como gobierno que legítimamente representaba a la República de Cuba, el gobierno de la Revolución Libertadora.



EMINENTES HOMBRES PUBLICOS ESPAÑÓLES AFIRMARON QUE YA CUBA ESTABA PERDIDA PARA SU METROPOLI EN ABRIL DE 1898 (*)

Aunque ya en el curso de este libro hemos ofrecido las pruebas, tan abundantes como irrefutables, de que al producirse la interposición del Estado norteamericano en la última etapa—1895-1898—de nuestra Guerra Libertadora de los Treinta Años—gloriosa culminación de la lucha cubana de cerca de dos siglos por la libertad y la democracia, la cultura y la civilización—Cuba estaba irremisiblemente perdida para España, por obra y razón inmediata de la firmísima voluntad de la mayoría del pueblo cubano y la pujanza incontrastable, mantenida durante toda esa contienda, del Ejército Libertador, queremos presentar ahora, sin comentarios, que no los necesitan, los testimonios, ratificadores de esa situación, de gobernantes, políticos e historiadores españoles que supieron ver y proclamaron dicha verdad histórica, de la que, en nuestros días, deben todos los cubanos estar plenamente convencidos, de modo que nazca o se reafirme su fe en la República y su confianza en el propio esfuerzo para consolidarla y engrandecerla.

He aquí esos testimonios, que encabeza, por derecho propio, quien primero y siempre reconoció la justicia cubana, a su libertad e independencia:

Francisco Pi y Margall

“La insurrección crece y se agiganta, y hay tantos enemigos en las ciudades como en los campos. No con nosotros sino con los insurrectos están allí generalmente los criollos y cuantos no procedan

(*) Capítulo 23 del libro inédito *Cuba, victoriosa contra España en la guerra de 1895-1898. Raíces y justificación*, por Emilio Roig de Leuchsenring, presentado al VII Congreso Nacional de Historia.

de la Península. Están quejosos de que no se les haya concedido a tiempo las reformas, y más quejosos aún de que después de cuatro siglos de conquista tomemos a la Isla por merienda de codiciosos y de hambrientos. Los altos sueldos y las continuas dilapidaciones de los peninsulares los tienen, con razón, no ya quejosos, sino airados.

“No es hora de callar, sino de decir francamente a la Nación lo que en Cuba ocurre; y si no se tiene valor para concederle la Autonomía, convocar las Cortes y en ellas tomar la resolución que cumpla al bien de Cuba, a los intereses del país, al respeto de la justicia y al común decoro.”

El Nuevo Régimen, noviembre 2, 1895.

“¿Habrà de ir a Ultramar toda nuestra juventud?, se exclama. ¿Podemos ver con calma que allí perezcan, ya de fiebre, ya de las armas, millares de hombres? ¿No habrá de renacer en años la tranquilidad de las familias pobres? ¿Qué clase de lucha es ésa, que no bastan a extinguirla ni moderarla, ni numerosos ejércitos, ni diestros y aguerridos capitanes?”

El Nuevo Régimen, diciembre 21, 1895.

“Lo de Cuba no es un simple alzamiento. De guerra la hemos calificado desde el primer día, y guerra es, ya que los insurrectos se baten hace cerca de un año con tropas regulares, y no se los domina, con fuerzas que ascienden a 150,000 hombres y están provistas de las mejores armas. Nos devuelven sin canje los prisioneros, recogen y cuidan a nuestros heridos, no atropellan a nuestros soldados; y nosotros que les somos superiores en poder, ya que no hemos aún perdido ni ciudades ni fortalezas, ¿hemos de ser menos humanos y menos cultos?”

El Nuevo Régimen, febrero 8, 1896.

“Un año hace ya que empezó la guerra de Cuba. Nadie puede todavía prever cuándo tendrá término. Ha sucedido a Martínez Campos el general Weyler, y estamos como estábamos. Todo se va hasta ahora en preparativos. Figuran, entre ellos, bandos que sólo sirven para encender más las pasiones y dar fuerza a los insurrectos.

Los hemos dictado aquí en las guerras de Don Carlos y éstas han sido las consecuencias.”

El Nuevo Régimen, febrero 29, 1896.

“Aprovechemos la relativa calma de que gozamos. Examinemos fríamente nuestra situación en Cuba. La guerra se prolonga, y no lleva trazas de concluirse. Se estrellan allí la pericia y la decisión de nuestros generales contra fuerzas que se dividen y se subdividen, y hacen de la retirada y aún de la fuga actos estratégicos. Abundan los encuentros; no hay una batalla decisiva. Nuestros soldados sucumben uno y otro día bajo la doble acción del clima y la constante escaramuza.

“Los insurrectos son muchos: muchos los activos, muchos más los pasivos. No pelean éstos, pero ayudan a los que pelean. Mal que nos pese decirlo, hemos engendrado allí grandes prevenciones y odios. ¿Se dirá que exageramos? Respondan por nosotros los que de allí vienen; respondan sobre todo el significativo hecho de las fuerzas que allí hemos reunido y los pocos resultados que obtenemos. ¿Qué nación ha aglomerado jamás contra una colonia como la nuestra hasta 140,000 hombres? ¿Qué nación ha recurrido para vencerla a sus primeros generales y a sus mejores jefes?

“En casos tales, ¿qué otro recurso queda a las naciones que no se dejan llevar de huecas palabras ni de quimeras, que una racional transacción y una paz honrosa?”

El Nuevo Régimen, marzo 14, 1896.

“Urge la paz. La exige en primer término la necesidad de poner fin a la pérdida de sangre y a los gastos que la guerra ocasiona. Más de catorce meses llevamos de lucha, y Weyler no abriga la esperanza de concluirla en menos de dos años. Pedirá Weyler más soldados y más sacrificios, y al vencer el plazo, tal vez estemos peor que ahora... ¡Ah! Cuando los pueblos luchan por su independencia ¡es tan difícil vencerlos!”

El Nuevo Régimen, mayo 9, 1896.

“Llevamos en Cuba quince meses de guerra. Nada adelantamos. Burló antes Maceo la estrategia de Martínez Campos, y burla hoy la de Weyler... ¿Vale Cuba lo que en oro y sangre me cuesta? ¿Es

justo ni conveniente que consuma yo mis fuerzas en retener bajo mi soberanía un pueblo que ansía, como yo, ser libre?”

El Nuevo Régimen, junio 6, 1896.

“Veinte mil infelices más a Cuba; veinte mil desgraciados que no disponen de mil quinientas pesetas con qué redimirse. Para la Trasatlántica, otro pingüe negocio; para el capítulo de la deuda, otro aumento; para la ruina de la Nación, otro paso.

“...¿Vamos a enviar allí toda la juventud trabajadora? ¿Vamos a darle a aquella Isla por sepulcro?...”

“¿Habrá advertido ese cristiano ministro de la Guerra el triste papel que con sus locos envíos nos hace representar a los ojos de Europa? ¿Cómo! se dirá, ¿esa es la Nación que un día conquistaba con setecientos hombres el imperio de los aztecas y con mucho menos el de los incas? Con 200, hombres se ha invadido y ganado, en este siglo, poderosas naciones. Indudablemente vale más en Cuba un insurrecto que cinco españoles, y más Gómez y Maceo que los mejores generales de la Reina.

“A los 200,000 hombres que España tiene en Cuba, se añadirá: o les falta valor o les falta entusiasmo; a sus generales, o decisión o estrategia y táctica. Con 17,500 soldados, dirán los franceses, ganamos a Madagascar, mayor en superficie y población de Cuba; sólo 3,000, dirán los ingleses, tenemos en Egipto, y nos bastan para que se nos obedezca y se nos facilite gente y oro para la reconquista del Sudán, contra los derviches.

“No bastan aún 200,000 hombres: hemos de mandar ahora 20,000 más; mañana, Dios sabe cuántos. No nos honrará la victoria; nos deshonorará, sí, en vencimiento. Que vencamos, que salgamos vencidos, tendremos después de todo la satisfacción de haber dado por tumba la Isla a 100,000 españoles. Esto y mucho más tendremos que agradecer a nuestros improvisores y desatentados gobiernos.”

El Nuevo Régimen, noviembre 14, 1896.

“Se cambia de generales, y los sucesores hacen bueno a los antecesores. Se empieza ya a decir de Weyler lo que no hace sino meses se decía de Martínez Campos. Se gasta y se despilfarra mucho, y con poco o ningún provecho. A pesar de no adelantarse nada,

lueven sobre nuestros oficiales y jefes grados, empleos y cruces pensionadas, que van aumentando el ya escandaloso capítulo de las clases pasivas.”

El Nuevo Régimen, diciembre 26, 1896.

“La insurrección de Cuba no se presta a deponer las armas. Quiere, no la autonomía, sino la independencia. Así lo ha declarado en Nueva York, después de haber conocido por un extenso telegrama la Constitución aquí escrita por el Gobierno. No transige, porque, resuelta a no transigir, se lanzó al campo; desconfía de nosotros, recuerda los muchos agravios recibidos, y tiene por tal que no nos hayamos ahora dirigido a los que están a su cabeza...”

“Sucede ahora lo que ha tanto tiempo prevenimos: la autonomía no desarma a los insurrectos. ¿Qué hacer en este trance? A nuestro juicio, negociar sobre la base de la independencia. Llevamos hecho, para no perder la colonia, lo que no hizo jamás otra nación para retener las suyas; reiterar los sacrificios sería tan imposible como inhumano. ¡Qué de veces no se ha alzado ya Cuba por sacudir nuestro yugo! ¡Qué de tenacidad no ha demostrado en sus largas guerras! ¡Qué entusiasmo y ardor no siente ahora por ver ondeando en toda la Isla sus estandartes! Sin tanta sangre vertida ni tanto oro derramado, consiguieron la independencia sus hermanas, las naciones de Occidente; ¿por qué, con menoscabo de nuestra población y de nuestra fortuna, se la hemos de negar nosotros, que a tanta gloria tenemos haber arrojado de nuestro territorio a todos nuestros invasores, aun a los que nos habían dominado durante siglos?”

El Nuevo Régimen, diciembre 25, 1897.

“Los insurrectos de Cuba no aceptan la autonomía que les ofrecemos... Así las cosas, opino que debemos resignarnos a perder la Isla. Perdida para nosotros está hace tiempo a los ojos de las demás naciones. “Cuando España—dicen—no pudo ahogar la insurrección con un ejército de 200,000 hombres, la insurrección es invencible. No podría España repetir el esfuerzo, aun siendo la nación más poderosa del mundo. Todo lo ha ensayado en Cuba: la crueldad y la mansedumbre, la guerra por la guerra y las concesiones. Pues todo ha sido en vano, la independencia es inevitable.”

El Nuevo Régimen, enero 8, 1898.

"Dicen que el general Blanco pide otros 15,000 hombres. ¡Quince mil hombres! ¿Cuándo se cansarán esos ilustres generales nuestros de pedir soldados? ¿Es que no saben pelear ni siquiera con cien contra veinte? ¿Dónde están su táctica, su estrategia, su indomable valor, sus portentosas hazañas? ¡Si para que venzan habremos de mandarles todos los mozos que pueden manejar las armas! Será tal vez mejor que nos tralademos allí todos los españoles, y ocupemos materialmente la Isla. Aun así, puede que les faltare gente."

El Nuevo Régimen, marzo 23, 1898.

Conde de Romanones

"El Grito de Baire no era una loca intentona, sino el comienzo de la última y definitiva guerra separatista..."

"La guerra continuaba, cada vez con peor cariz para España. Cánovas se mostraba indeciso acerca de los rumbos a seguir; a la Regente llegaban cartas, unas anónimas, otras firmadas, denunciándole el desorden administrativo que imperaba en Cuba, los abusos de todo orden que se cometían y la carencia de una verdadera organización militar."

Doña María Cristina de Habsburgo Lorena, la discreta Regente de España, Madrid, 1933, p. 126-132.

"De no haberse encontrado Sagasta con el problema planteado en Cuba, aun con ser muchas, hubiera vencido las dificultades del interior; pero el grito de independencia lanzado en Baire, Holguín y las Tunas presagiaba el comienzo de una nueva guerra filibustera cuyo alcance, por desgracia, no fué bien medido, ni por el Gobierno, ni por la opinión, ni por la prensa..."

"El ocaso de Sagasta se iniciaba rotundo; la decadencia de su organismo era visible cuando, por sexta vez en su vida, recibió, sin poderla declinar, la confianza del Poder moderador; ¡y en qué condiciones!; ni un rayo de esperanza alumbraba el horizonte."

Sagasta o el Politico, Madrid, 1930, p. 182-191.

Gabriel Maura Gamazo

"...Tras corta estancia en Mayorca, su patria chica, vino Weyler a Madrid, tributándosele el 12 de diciembre [1897] un recibimiento tan clamoroso como supieron organizarlo los romeristas, carlistas y

progresistas de la Corte. En hombros y entre vítores "al terror de los mambises", salió el general de la estación de Atocha, no cesando las aclamaciones sino a la puerta de su domicilio, en la calle del Sordo...

"Pero, aun frustrada la maniobra casi infantil de algunos panegiristas de Weyler, abundaban todavía en la Península y en Ultramar los que al aclamarle o aplaudir sus procedimientos quisieron tan sólo hacer pública ratificación de incommovible fe en la "política de la guerra", caída ahora en desgracia entre las gentes mismas que con más ardor la preconizaron. Es propio de los pueblos de escaso civismo reconocer tan sólo a la fuerza esa eficacia que la difusión de la cultura ciudadana restituye paulatinamente a su legítima señora la razón; pero también lo es el mesianismo en sus múltiples formas; y los numerosos españoles a quienes traía descorazonados la lentitud de la acción militar atribuyeron a la autonomía virtud taumatúrgica para poner instantáneo término al conflicto. Ahora bien, ni la promulgación en *La Gaceta* del *statuto* innovador, ni la designación y jura de los ministros del gabinete autonómico, habían alterado substancialmente el aspecto de las cosas; hubo, sí durante los primeros días presentaciones de rebeldes que algo superaban en número y calidad a los habituales; mas no se logró la total pacificación si quiera de una sola provincia."

Historia crítica del reinado de don Alfonso XIII durante su minoridad bajo la regencia de su madre doña María Cristina de Austria, Barcelona [1919], p. 353-354.

Luis Morote

"Caso singular, pero lógico, atendiendo a las causas y al desarrollo de todas esas catástrofes: los generales que no supieron o no pudieron vencer en Cuba y en Filipinas, acabar esas guerras, fueron al día siguiente de la derrota los que se presentaron ante el país como redentores...

"El día en que el Sr. Cánovas, con toda la buena fe del mundo, pero equivocándose de medio a medio, y hay cosas en que las equivocaciones son atentados de lesa patria, adoptó la doctrina funesta de la guerra con la guerra quedó decretada nuestra pérdida, y la hora de firmar el relevo del general Martínez Campos fué la última hora en que se nos privó de toda posibilidad de mantener nuestra soberanía por la acción de la política... Fué arraigándose, arraigán-

dose el colosal error de Cánovas y de la Nación, de creer que la acción militar era únicamente eficaz para la conservación de Cuba, cuando el conflicto emanaba de causas políticas, internacionales, económicas y étnicas contra las que no podían nada, no ya nuestras tropas de adolescentes, de criaturas de diecinueve años, mal alimentados, hambrientos, anémicos, devorados por la fiebre, sin instrucción militar, hechos soldados de improviso, enviados como carne de machete y vómito, sino tampoco los ejércitos de Francia o de Alemania, o de Rusia, o de Inglaterra, que hubieran caído con estrépito de fusiles y de cañones sobre el pueblo cubano.”

La moral de la derrota, Madrid, 1900, p. 51-52.

Antonio María Fabié

“La responsabilidad de la desdichada campaña colonial pertenece a todos: a los directores de la sociedad española en aquellos momentos, porque olvidaron lo que la paz del Zanjón significaba, y, volviendo la espalda a compromisos morales solemnemente adquiridos, mantuvieron en la grande Antilla un régimen, incompatible con los sentimientos, la educación y la cultura de los regnícolas; al pueblo, porque no tuvo conciencia del problema; a la prensa, por haber ocultado constantemente la verdad, para poder disfrutar de actas de diputados y senadores absolutamente gratis, a más de algunas subvenciones los mangoneadores de ella, y al ejército porque, llamado a intervenir con las armas, planteado el peito de la soberanía en los campos, no supo, no pudo o no quiso aplastar al enemigo en tres años y medio largos de lucha.”

Cánovas del Castillo (Su juventud. Su edad madura. Su vejez), Barcelona, 1928, p. 313.

Emilio Castelar

“Madrid, 20 de junio de 1896.

“Ya me ha lanzado el calor de allí (de Andalucía) con cajas destempladas y me tienes aquí, puesto en el estribo un pie para marcharme a Inglaterra. Pero hay el mayor inconveniente para decidir día por el estado tristísimo de nuestra patria. Se han puesto las cosas en términos, con el combate de los dos generales, con las disidencias entre Pidal y Romero, entre Romero y Elduayen mismo,

con las terribles noticias de Cuba, donde no adelantamos una línea y tenemos, al venir la lluvia del verano, perdida por completo la campaña de invierno, que todos temen un cataclismo cercano, y todos temen me coja este peligro fuera de la patria.”

“San Sebastián, 5 de agosto de 1897.

“El estado de la patria me tiene apuradísimo. Esta guerra, que nos consume como tisis lentísima; esta ruina, que se aproxima con rapidez aterradora; el estado de los ánimos tan inquietos; la guerra civil entre los espíritus cada día más exacerbada; lo difícil de una solución; lo fácil de una catástrofe, me quitan el sueño y el apetito, por manera que pierdo el humor y me afectan a la continua los presentimientos más negros...

“...Si Cánovas no tiene disminuía la guerra más que ahora en octubre, corre peligro de caer antes de llegar el invierno. ¿Cómo nos arreglaremos que nunca nos costó Cuba en la revolución el dinero y el quehacer que ahora nos cuesta?...

“...Cánovas mandó un embajador, Martínez Campos, cuando debió mandar un soldado, y ahora que necesitaría el embajador, ahora tiene un soldado. Cánovas asegura que para diciembre habrá concluido la guerra, hecho un gran empréstito, congregado las Cortes y redimídonos de nuestra situación. Yo lo deseo, mas no lo aguardo.”

“San Sebastián, 22 de septiembre de 1897.

“No quiero paz en días tan críticos sin decirte mis impresiones...

“Una mujer debe decidir de todo, y del juicio en una mujer tira mucho su hermoso, pero débil sexo. Yo pondría en su lugar un hombre; tampoco sabría qué hacerse. Cuba, sobre todo, pesa y decide por completo de todo.

“La cabeza de Cánovas ha caído, y las cabecillas que lo han reemplazado, créeme, son cabecillas de ajo: Romero, una calamidad; Silvela, una intriga; Pidal, un retroceso; Tetuán y Elduayen, dos anacronistas.

“Si las predicciones de Cánovas se hubieran cumplido, respecto de ventajas al principio de la seca, y algo allende los mares nos hubiera sonreído, continuaría el gobierno conservador. Pero como cada día son peores las noticias de Cuba, temo que las derrotas

arresten al general Weyler y Weyler al general Azcárraga, que dice representar el testamento de Cánovas..."

Correspondencia de Emilio Castelar. 1868-1898 (A Adolfo Calzado), Madrid, 1908, ps. 339, 353-354, 355-356, 357.

Juan Ortega Rubio

"Las cosas iban cada vez peor [primera mitad del año 1896]. Muchos jefes y oficiales pedían el retiro antes de los sorteos para Cuba; el pueblo estaba cansado de guerra tan larga. El Partido Republicano amenazaba con el retraimiento. Había temores de que llegara a alterarse el orden público. La guerra en la Gran Antilla no terminaba, a pesar de los esfuerzos de Weyler..."

"Era preciso estar ciego para no ver que era gravísima la situación en que se encontraba España, a causa de la guerra de Cuba..."

"No eran gratas las noticias que se recibían de Cuba... [fines de 1896].

[Después de transcribir las cartas del capitán general Ramón Blanco a Máximo Gómez, pidiéndole se uniera a las fuerzas españolas para combatir a los norteamericanos, y la respuesta negativa del Jefe del Ejército Libertador, comenta:]

"Adviértense en el primero las vacilaciones, la inseguridad de quien, constreñido por imposiciones inapelables de disciplina militar, ha de dar cumplimiento a órdenes con las cuales no está de acuerdo y cuya conveniencia juzga muy discutible; échase de ver en el otro, la serenidad del que ve con toda claridad su próximo triunfo y cuenta para llegar a ese fin, no solamente con su propia fuerza, sino con las de auxiliares poderosos."

Historia de la regencia de María Cristina Habsburgo-Lorena, Madrid, 1906, t. 3, p. 31, 33, 72, 258-260.

Pablo de Alzola y Minondo

"No pude resistir, por más tiempo [septiembre de 1897], la coacción de hablar largo y tendido; lo hice con gran dosis de sinceridad y sin los artificios usuales en España; expuse [en la *Revista Contemporánea*] a la consideración pública el convencimiento completo de la esterilidad de los inmensos sacrificios hechos por Es-

pañá, el resultado negativo obtenido por los innumerables batallones enviados a Cuba, en donde parecía imposible que se hiciera menos con tantos elementos acumulados.

"Fracasada la política de la guerra y la de las reformas, anunció el mismo éxito en el planteamiento de la autonomía prometida en el discurso de Zaragoza, recomendando, como única solución sensata y razonable, la evacuación de la Isla por venta, o bien obteniendo el mejor partido posible al realizarla.

"Al estallar, en la primavera de 1895, la formidable insurrección de Cuba...

"Y no se trataba de una frase arrogante ["su último hombre y su última peseta"] lanzada para imponer a los insurrectos, sino de medidas reales y positivas, tomadas para empeñar nuestras rentas más saneadas, levantar colosales empréstitos y lanzar, a través del Océano, el ejército más numeroso que ha cruzado sus aguas.

"...La guerra a la moderna requería, como condición indispensable, el triunfo rápido y decisivo con el regreso de la mayor parte de las fuerzas allí enviadas, y como nada de esto se ha logrado, resulta palpable y evidente el fracaso.

"Si Cuba no viviese en una insurrección perpetua—que no hemos sabido combatir con las artes de la política ni con la fuerza de las armas—, hubiera contribuido a fomentar la prosperidad de España; pero como chupa nuestra sangre, consume nuestros ahorros y devora nuestro porvenir, constituye la verdadera causa de la decadencia española, y lejos de fortalecernos nos arrastra rápidamente a la ruina.

"Los españoles no han escatimado sus recursos ni sus soldados en las contiendas coloniales, pero por esa misma disciplina, digna de encomio, tienen el derecho de condolerse por el infructuoso resultado de tan colosales sacrificios en la campaña cubana, y como la guerra se ha hecho crónica y la práctica del heroísmo no pueden ser perenne, ha resultado el desengaño más tremendo aun para los muy optimistas, al perder en dos años y medio las ilusiones que acariciaban al comienzo de la rebeldía antillana.

"No deben mantenerse las colonias, a nuestro entender, cuando encierran importantes elementos desahectados a la Madre Patria, y llega a hacerse crónico y permanente el estado de insurrección, originándola en vez de beneficios, daños incalculables."

El problema cubano, Bilbao, 1898, p. 8-9, 19, 21, 22, 82, 112.

Almirante Pascual Cervera

"...Me pregunto si me es lícito callar y hacerme solidario de aventuras que causarán, si ocurren, la total ruina de España; y todo por defender una Isla que fué nuestra; porque aun cuando no la perdiésemos de derecho con la guerra, la tenemos perdida de hecho, y con ella toda nuestra riqueza y una enorme cifra de hombres jóvenes, víctimas del clima y de las balas, defendiendo un ideal que ya sólo es romántico... Yo no sé fijamente cuáles son los sentimientos patrios respecto de Cuba; pero me inclino a creer que la inmensa mayoría de los españoles desea la paz antes que todo: sólo que los que así piensan, sufren y lloran en sus hogares, y no gritan con la minoría, que vive y medra con la continuación de ese orden de cosas; pero éste es asunto que no me incumbe analizar."

Cartas al capitán de navío Víctor M. Concas y Palau, comandante que fué del crucero acorazado *Infanta María Teresa* y jefe de Estado Mayor de aquella escuadra en el combate naval de Santiago de Cuba, reproducidas en la obra de éste *La escuadra del Almirante Cervera*, Madrid, [s. a.], p. 74-76.

Víctor M. Concas y Palau

"Aunque los escritores americanos pretendan negarlo, la insurrección de Cuba había terminado la guerra, y la Isla no era ya nuestra, como dijo el almirante Cervera en la carta del 26 de febrero de 1898 que dejamos transcrita.

"La guerra [con los Estados Unidos] fué aceptada por España cuando la isla de Cuba estaba perdida de hecho, y cuando en la Península el envío de un hombre más amenazaba un levantamiento más positivo que el soñado después, cuando nuestras tropas carecían de lo más necesario y el atraso de pagas era causa principal de mala alimentación y de su decaimiento, y cuando una buena parte de los españoles residentes en Cuba, con el nombre de reformistas, autonomistas, etc., hacían causa común con los insurrectos, mientras se lucraban fabulosamente en contratas, suministros y transportes."

La escuadra del Almirante Cervera, Madrid, [s. a.], p. 97, 236.



ENJUICIAMIENTO DE GOBERNANTES NORTEAMERICANOS SOBRE LA REVOLUCION CUBANA

En la copiosísima documentación oficial que se conserva en los archivos oficiales norteamericanos sobre la actitud de los Estados Unidos respecto a nuestra lucha libertadora, aunque resulte en mucho negativa a los ideales independentistas cubanos, no por eso dejan de encontrarse en la misma pruebas elocuentísimas, que equivalen a plena confesión, de la existencia de un estado de opinión en el pueblo norteamericano favorable al reconocimiento de la independencia de Cuba, así como de la pujanza revelada por el Ejército Libertador en la Guerra de 1895-98.

En la famosa nota de 4 de abril de 1896, enviada por Mr. Richard Olney, Secretario de Estado del Presidente Cleveland, al representante español en Wáshington, se confiesa la pujanza alcanzada por la revolución hasta ese momento—"su rápido aumento y desenvolvimiento"—y la demostrada imposibilidad en que se encuentran los españoles de abatirla, por lo que dice a Dupuy de Lome, Ministro de España en Wáshington: "Es imposible negar que las esperanzas que abrigábais en el verano y otoño de 1895, y que compartían, no solamente todos los españoles, sino que también muchos observadores desinteresados, han sido por completo defraudadas."

Véase cómo, a renglón seguido, se enjuicia, de modo altamente favorable, la actuación del Ejército Libertador:

"Los insurrectos parecen dominar hoy una parte mayor de la Isla que en ocasiones anteriores; los que están en armas, estimados hace un año de diez a veinte mil hombres, se concede hoy que ascienden, por lo menos, a dos o tres veces más.

"Mientras tanto, su disciplina ha mejorado, su abastecimiento de armas modernas ha aumentado considerablemente, y el mero hecho de que han podido sostenerse hasta ahora, les ha dado confianza ante

sus propios ojos y prestigio en el mundo entero. En resumen, no se puede con justicia contradecir que *la insurrección, en lugar de haber sido dominada, es hoy más formidable que nunca y que entra en el segundo año de su existencia, con esperanzas de éxito decididamente mejorada.*"

Y por si esto fuera poco, agrega:

"La oposición de los insurrectos a la autoridad de España continúa siendo no menos pronunciada y eficaz y el derrocamiento de dicha autoridad en una gran parte de la Isla será verdadero y patente."

Llega Olney a apuntar sus temores de que *"la insurrección presente ha de ser más corta en duración que la pasada, porque ha de llegar el fin antes o después por la imposibilidad de España de continuar la lucha"*.

El 7 de diciembre de 1896, Cleveland envía su mensaje de despedida al Congreso como Presidente de la República. En él anuncia cuál será el límite a que llegarán los gobernantes norteamericanos en el mantenimiento de su neutralidad en la contienda hispanocubana, y al anunciarlo descubre la significación que ha de tener el abandono de esa neutralidad: "Cuando se haya demostrado la imposibilidad por parte de España de dominar la insurrección, y se haya manifiesto que su soberanía en la Isla está prácticamente extinguida... habrá llegado entonces el momento de considerar si nuestras obligaciones a la soberanía de España, han de ceder el paso a otras obligaciones más altas, que escasamente nos será posible dejar de reconocer y de cumplir."

Da, pues, Cleveland, la clave para conocer en qué momento los Estados Unidos consideren que Cuba está perdida para España debido a la absoluta imposibilidad de derrotar la pujante revolución libertadora.

Ya en el poder McKinley, desde el 4 de marzo de 1897, el nuevo ministro en Madrid, Steward L. Woodford, después de presentar credenciales, celebró el día 18 de septiembre una larga entrevista con el ministro de Estado español Duque de Tetuán, en la que le dió a conocer las instrucciones de su Gobierno respecto a los asuntos cubanos.

Refiriéndose a la Revolución de 1895, dice que "se extendió con rapidez... se propagó la contienda por casi toda la Isla, invadiendo

las provincias de Occidente, que la insurrección de Yara no había logrado levantar". Y reafirma que "por espacio de más de dos años se ha sostenido en Cuba una lucha sin igual entre los habitantes descontentos de la Isla y la Metrópoli"; llegando a la conclusión de que "de día en día toma fuerza la convicción de que es ilusorio para España esperar que Cuba, aun en la hipótesis de haberla podido sojuzgar por el completo aniquilamiento de sus fuerzas, pueda jamás mantener con la Península relaciones que, ni remotamente, se parezcan a las que en un tiempo sostuvo con la madre patria". Reconoce, como se ve, la pujanza de la Revolución y la inquebrantable actitud cubana de no continuar bajo la soberanía española, o sea, que Cuba estaba ya definitivamente perdida para España.

Nos vamos acercando al momento en que, perdidas las esperanzas de que España pueda conservar la Isla, los Estados Unidos se resuelvan a participar en la lucha cubana, contra España, y por la independencia.

Woodford le hace saber al Duque de Tetuán que tiene instrucciones presidenciales para indagar del gobierno español "si no ha llegado el momento de que España, por su propio voluntad, movida por sus propios intereses y por todos los supremos sentimientos humanitarios, quiera poner término a esta guerra destructora y hacer proposiciones de arreglo, honrosas para ella misma y justas para su colonia de Cuba y para la humanidad". Y estima que España es incapaz de mantener su soberanía en Cuba, pues "ha tenido ya un plazo de tiempo favorable para restablecer la paz y no lo ha logrado, aun a pesar de la tremenda acumulación y gastos de sus recursos y del empleo de medidas de inusitada severidad". El ofrecimiento de sus buenos oficios que hace el representante norteamericano al Ministro de Estado español, recomendando "pronta contestación", cuyo plazo señala "durante el futuro mes de octubre", equivale a un ultimátum.

En la imposibilidad de citar una por una las manifestaciones que aparecen en los proyectos de resolución conjunta que se presentaron en el Congreso reconociendo que ya España tiene perdida a Cuba y le es imposible continuar su lucha contra el Ejército Libertador, por hallarse totalmente agotada en hombres y en dinero, citaremos, como final de este capítulo, una de ellas, la del senador W. H. Allen, que reconoció "la existencia política y la independencia nacional

de la República de Cuba, mantenida ahora y hace ya algún tiempo por la fuerza de las armas; y el acuerdo adoptado por el Senado—67 votos contra 21—declarando “que el pueblo de Cuba es y de derecho debe ser libre e independiente, y que el gobierno de los Estados Unidos reconoce por la presente a la República de Cuba como el legal y verdadero de aquella Isla”.

Aunque esta última parte no figuró en la Resolución Conjunta que definitivamente aprobó el Congreso el 19 de abril y sancionó el presidente McKinley el día 20, ello no le quita al acuerdo del Senado el altísimo valor que tiene la interpretación fiel y exacta de la voluntad mayoritaria del pueblo de los Estados Unidos de reconocer como gobierno que legítimamente representaba a la República de Cuba, el gobierno de la revolución libertadora.

Y este reconocimiento jamás lo hubiera hecho el pueblo norteamericano si no hubiera creído que la revolución cubana se lo había ganado por la pujanza demostrada por el Ejército Libertador, por el heroísmo de sus soldados, por el alto espíritu de sacrificio de que habían dado prueba admirable todos sus hijos y por la firmísima voluntad de éstos de abatir el despotismo español y conquistar, con la independencia y la libertad, el derecho a figurar en la comunidad internacional, como un Estado más, soberano, culto y civilizado.



INDICE

	PAG.
Palabras, por <i>Emilio Roig de Leuchsenring</i>	7
Triunfo de la Revolución Cubana, por el <i>Dr. Benigno Souza</i>	15
Proceso Evolutivo y Revolucionario Forjador de la Nación Cubana, por <i>Emilio Roig de Leuchsenring</i>	37
Eminentes hombres públicos españoles afirmaron que ya Cuba estaba perdida para su Metrópoli en abril de 1898.....	57
Enjuiciamiento de Gobernantes norteamericanos sobre la Revolución Cubana	69

